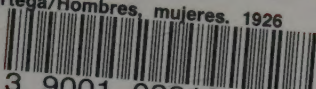


UNIV. OF ARIZONA

PQ7114 .O784

Ortega/Hombres, mujeres. 1926 mn



3 9001 03816 0803











*hombres,  
mujeres*

*ortega*

**INSTITUTO NACIONAL  
DE BELLAS ARTES**

---

SECRETARIO DE EDUCACIÓN PÚBLICA

*Lic. Agustín Yáñez*

SUBSECRETARIO DE ASUNTOS CULTURALES

*Mauricio Magdaleno*

DIRECTOR GENERAL DEL

INSTITUTO NACIONAL DE BELLAS ARTES

*José Luis Martínez*

JEFE DEL DEPARTAMENTO DE LITERATURA

*Antonio Acevedo Escobedo*

---

**S E C R E T A R Í A D E  
E D U C A C I Ó N P Ú B L I C A**

*ediciones de*



*bellas artes*



PQ  
7114  
0784

*hombres,  
mujeres*

*ortega*

[1926]



Instituto Nacional de Bellas Artes  
Departamento de Literatura  
México/1966



## PRELIMINAR

CONSIDERO los reportazgos de Ortega como documentos sumamente interesantes para la historia literaria de la época. Están escritos con verdad y con talento, penetrando en el espíritu de cada uno de los entrevistados para encontrar lo mejor que poseen, sin descuidar la anotación de las debilidades y vanidades que a todos nos hacen un poco ridículos. El trabajo de Ortega representa un esfuerzo contra la trivialidad habitual del periodismo y seguramente ha de contribuir a que se eleve nuestro nivel intelectual.

JOSÉ VASCONCELOS



A CARLOS NORIEGA HOPE  
Y ARQUELES VELA,  
AMIGOS, CAMARADAS



## SALVADOR DÍAZ MIRÓN

Salimos de México en el primer tren que corrió a Veracruz, todavía bajo la amenaza de la huelga reciente. Llegamos retrasados cuatro horas, con el tiempo necesario para ofrecer nuestro saludo al mar, encerrarnos en el cuarto del hotel y enviar nuestra tarjeta al de la lira resonante.

Esperamos la tarde.

Aquella primera noche, mientras impacientes aguardábamos en los "portales" del "Diligencias", habíamos empleado ya todas las argucias para entrevistar a Salvador Díaz Mirón. "Es difícil y es sencillo verlo", nos afirmaron. Ciertamente: es difícil y es sencillo ser recibido por el poeta. Cualquiera, el más humilde, es admitido a conocerlo, a escucharlo, pero a los periodistas nos niega la entrada, la casa está cerrada para nosotros. No respondió una sola línea a la nota que le dirigíamos.

Un mozo, deseando sernos grato, con el orgullo de los veracruzanos por su poeta, nos dijo:

—Aquella es la mesa de Salvador Díaz Mirón.

Pero él no llegó, porque sólo éramos unos impertinentes periodistas, deseosos de violentar su retiro.

Esa segunda noche preparábame, en silencio, para la aparición apolínea. Después de dos horas de espera, el mozo se acercó a decirnos:

—Ya está ahí.

Atravesamos entre las mesas, entre la indiferencia de los arriesgados turistas, que ir en aquel tiempo a Veracruz, era como visitar un país salvaje. El poeta leía un diario. Nos invitó a sentarnos. Esperamos que concluyese. El sombrero blando, gris oscuro, lo tenía echado sobre la nuca, con descuido; el pantalón negro y amplio seguramente estaba sin

aplanchar, como el saco de alpaca, que le queda grande. El chaleco es de todos colores. Los anteojos, ¡oh, los anteojos!, llevan aro dorado.

Nos exigió palabra de honor de no ir como periodistas, sino como amigos:

—Si no acceden, estrecharé su mano y cada quien irá por su lado. ¿Qué es lo que van a decir de mí? Las entrevistas me tienen azorado. En una de ellas un señor me llama “Salvadorcito” y habla de mi admiración por Napoleón, porque uso un dije que es un recuerdo amoroso de mi hijo. Eso me avergüenza, lo mismo que al periódico; esas cosas no deben publicarse, ni siquiera por amistad: tal parece que nadie lee lo que llevan a la redacción.

El poeta habla colocando a cada momento su mano derecha sobre el hombro del que lo escucha. No le encontré en la voz aquel antiguo tono épico de los ocho discursos. Le interrogué por los volúmenes anunciados y no aparecidos:

—*Triunfos* reúne en título lo disperso, anterior a *Lascas*. *Astillas* está imprimiéndose en España y debe llegar pronto a México. Estoy concluyendo un nuevo libro de versos. Hijito, todavía no tiene nombre. . .

Díaz Mirón sustenta dos cátedras en el Colegio Preparatorio: Historia y Literatura; una en la Naval, Historia; y desempeña una comisión. Según él, es poco: sólo para vivir. Interesado vivamente por las noticias políticas, sobre la próxima elección presidencial, tuvo este juicio:

—*¡Dios libre a México de una nueva revolución, que sería la ruina de la patria!*

Accionando lenta, trabajosamente, por la mano baldada, descubrió, entre una confusión de cartas sucias, la que le enviara el Consejo Cultural ofreciéndole solemne homenaje a él, a Jacinto Benavente y Gabriela Mistral. Con desdeñosa suavidad:

—Es una carta que, para mí, es alta honra. Sí acepté, con la condición de que me avisaran ocho días antes, para llegar a México y adquirir un traje decente con el que presentarme, porque no lo poseo, hijito. . .

Rechazó mi explicación sobre por qué rehusara Jacinto Benavente:



—No, hijito, creo que no es eso, salvo tu mejor parecer. Benavente no quiso verse solo, y seguramente pensó: “Si Díaz Mirón y la señorita Mistral no aceptaron, yo solo no puedo recibir tal homenaje.”

Arqueles Vela le preguntó su opinión sobre el nuevo movimiento artístico. Contestó:

—Recibí una carta de Maples Arce, solicitando que le hiciera un prólogo para su libro. Llegó tardíamente, pero de ninguna manera lo hubiese escrito, porque no acostumbro darlos, ni los pido para mis libros. Poco después me dijeron que Maples habíame atacado en un manifiesto que publicó en México.

Repentinamente recordaba que éramos reporteros, volvía a exigirnos el no decir palabra de lo que escucháramos. Halagado, porque en el fondo le satisfacen las visitas, tiene la pose de la humildad: “Ustedes son muy buenos con este pobre poeta.” Refiriéndose a una selección de sus poemas, publicada por una editorial rapaz, y a la reimpresión española de *Lascas*:

—Las dos ediciones están llenas de errores y no sé cómo Rafael López dejó pasar tan numerosas faltas. Jamás recibí un centavo por ninguna de ellas, porque nos despojan.

Asentimos. Y luego, el Díaz Mirón de la leyenda:

—Algunos amigos de mis versos quisieron que el Congreso me concediera una pensión, para que pasara el resto de mi vida consagrado a la labor literaria, pero no seré gravoso a mi patria, mientras tenga fuerzas para el trabajo. Cuando las pierda, iré a un hospicio.

El poeta se despidió. Su figura perdíase en la calle mal iluminada por las llamas temblorosas de los faroles.

Habíamos vagado por los barrios bajos del puerto, entre mujeres de extraños matices y marineros de alejados océanos.

Encontramos al poeta leyendo los diarios. Abrió el pequeño volumen de *Poesías escogidas* de Rubén Darío, editado en París por Ventura García Calderón. Leyó:

En las pálidas tardes  
yerran nubes tranquilas

en el azul: en las ardientes manos  
se posan las cabezas pensativas...

No concluyó el poema. Fríamente:

—Hijito, están muy bonitos tus versos.

Observaba yo el dije con el perfil de Napoleón, y la bolsa alta del chaleco deformada por el peso del reloj, y el cabello y el bigote negrísimos. El poeta nos hizo el don de su primera conferencia, sobre Cosmogonía y Matemáticas y sobre la simplificación de la enseñanza de ambas, conforme a la pedagogía moderna. En dos de mis tarjetas resolvió sintéticamente dos ecuaciones de segundo grado. Inspiración astral la del poeta:

—Einstein nos abre nuevos horizontes, pero no trabajó con geometría euclidiana, porque el espacio no es euclidiano; a pesar de lo limitado de la enseñanza, lo que aprendemos nos basta para las necesidades de este bajo y miserable mundo. Yo siempre procuro que mis discípulos comprendan la divina armonía de los números.

Era como si estuviésemos separados de los otros, porque habíamos construido nuestro silencio. No nos llegaban las palabras de los meseros y de los clientes del café, ni las miradas de las mujeres.

Mostraba Díaz Mirón interés por las noticias, por los cambios. Nos confirmó el rumor de su viaje a México, ese viaje que no ha hecho y que tal vez nunca realice:

—Sí, esta semana iré al arreglo de la edición de un nuevo libro de versos, y, no lo oculto, a hablar con Vasconcelos, que me ofreció dos clases en la Preparatoria. No podría decirte si volveré al periodismo, porque el hombre propone y Dios dispone. En 1913 salí de Jalapa, confiando en retornar pronto, y no volví a ver a mi familia, sino al regreso del destierro: no hay que afirmar nada. Ustedes, quizás sí, porque son jóvenes y están llenos de ilusiones; yo no, que soy un viejo poeta aleccionado por la vida.

¡Qué intensa amargura en el tono de esta frase! El solitario orgulloso y rebelde se conmueve al afirmarle yo que a su llegada a México los jóvenes le harán un gran recibimiento. Rehusó:

—Favor tuyo, hijito. . .

Nuevamente, nuestro silencio lleno por el vasto rumor del mar. El poeta toma de un sorbo su vaso de café con leche y se limpia los bigotes negrísimos, más que la cabellera todavía en penacho. Como llegara un joven veracruzano, nos presentó:

—Los quiero porque aseguran que mis palabras no trascenderán a ningún periódico, y son muy buenos con este pobre poeta. No sé como pagarles sus bondades. Comprendan que no deseo exhibiciones, que no necesito exégetas, porque no tengo nada que decir al público y que, si lo tuviese, lo diría yo mismo, porque el exégeta puede ser imbécil.

La noche tornábase estruendosa y bárbara. Lejanas luces desvelaban las olas del “mar latino”.

Ésta es la casa de un poeta. Pequeña, en un piso de la calle de Zaragoza. Nuestra constancia logró forzar la entrada. A las diez y media, Díaz Mirón sale del baño, con los bigotes aún más negros. El brazo izquierdo pende inerte. La mano, semi-envuelta en una venda, es una mano estéril. Cuando el poeta desea destruir un papel, lo hace utilizando la diestra y los dientes. Nos saluda amablemente, nos recuerda nuestra promesa de no publicar nada.

Toda una conspiración ideamos Arqueles Vela y yo para obtener fotografías, que el poeta hace veinticinco años que no se retrata, que huye de las reuniones con kodak, que esconde el rostro en el instante decisivo del lente.

—Estoy despojado de vanidades y de orgullos, pero no de dignidad. Alejado de la vida pública, *quisiera ya cerrar los ojos para no ver el desastre de la patria.*

Se sienta. En el espejo ve la cámara envuelta en un lienzo negro, ese lienzo que es casi divino, porque crea para el fotógrafo un mundo distinto, de sombras y luces diminutas. Continúa:

—Pertenezco al coro de la tragedia antigua. Supongo que ustedes estudiarían lo suficiente de literatura para conocer el papel del coro en las creaciones trágicas: comenta el suceder de los acontecimientos, sin mezclarse en ellos. Así yo: no tomo

parte en los hechos, pero me lleno de alegría, si son faustos para la patria; de tristeza, si son infaustos.

Callamos. No sabemos de qué hablar. El poeta sale breves momentos y regresa con una serie de cuartillas. Va a leernos un estudio, acaso un discurso. (Vela me hizo notar, pasados varios días: "Es el discurso para el homenaje del Consejo Cultural.") Frases aladas y armoniosas, repujadas como una joya. Evoco unas:

"El poeta debe estar lleno del espíritu santo de los presagios." "El músico escucha voces celestes."

En las líneas iniciales declara su admiración por Jacinto Benavente, al que le quita el "don" no por falta sino por exceso de respeto, y por Gabriela Mistral, "la del nombre dulcemente evocador". Del primero prefiere *Cartas de mujeres* y *La losa de los sueños*, porque en esta comedia encuentra "toda la vida, con sus miserias y sus dolores". De Gabriela Mistral lo conmovió "El grito", por la angustia que palpita en esa página y que es la angustia de "la nación condenada, por la fatalidad geográfica e histórica, a ser absorbida por otra más poderosa".

En tanto habla, ha colocado las cuartillas sobre el brazo inerte, y difícilmente las pasa, una a una. Siempre habré de verlo en esta actitud, un poco inclinado, así, sobre los pliegos escritos. Le escuchamos atentos, porque ensáñase contra los críticos, los entrevistadores y los prologuistas. Narra cómo un crítico, sin haber leído *Nuestra Señora de París*, declaró vulgar el asunto; destroza el prólogo de las obras de Cervantes, que lleva la edición de Rivadeneyra:

—Es de alguien que pasa por magnífico prologuista. Por eso jamás escribo prólogos, para que mis pecados no recaigan en otros, y no los pido por no llevar culpas ajenas. Es indiscutible que ese señor no conocía el limpio espíritu de Cervantes. Tampoco hago crítica, porque considero que detrás de cada crítico hay un escritor fracasado: Sainte-Beuve, después de publicar una novela y un volumen de versos, que pasaron inadvertidos, se dedicó a enseñar a los escritores franceses cómo hacer versos y novelas.

Califica de extraño y original a Vasconcelos y lo prueba leyéndonos los párrafos de *Estudios indostánicos* que tratan



de la magia de los sueros médicos y el poder de volar con el ombligo y el coxis. Sonriendo:

—Aun cuando yo nunca he volado, ¿por qué dudar de que otro lo haya hecho, no en el sueño, sino en la vigilia perfecta?

Solicito el retratarnos a su lado. Él, que no olvida:

—Tengo su palabra de honor de no publicar nada, y el honor es sagrado.

En los minutos que el fotógrafo prepara la cámara, Díaz Mirón:

—Voy a recitarles unos de mis últimos versos, “Los peregrinos”, escritos sobre un motivo del Evangelio de San Mateo, el que fue publicano. Porque hubo cuatro evangelistas. . .

Se acerca, como a un asalto. Se pega al oído del que lo escucha. Es sonora su voz, impetuosa como un torrente. Sus versos son los de quien, renovándose, conserva la estirpe. Me estremece, cantando a los que iban por “la vía encharcada de sol. . .”

Posamos. Todo en el fotógrafo es lento. Díaz Mirón, hombre de todos los momentos, como quería Gracián, diserta sobre los lentes alemanes y adjetiva de plagiarios a los americanos. Ya libres, en el descanso:

—Nada de lo conquistado por la violencia ha persistido. Después de la Revolución Francesa, los más vehementes entre los republicanos se colocaron al servicio de Napoleón, el más odioso de los dictadores, un verdadero azote de la humanidad. Yo soy el más antiguo de los socialistas mexicanos, aquel que hace más de veinticinco años escribió “Los parias”, “A un profeta”, éstos con dedicatoria a Henry George: “*Santa la Poesía. . .*”

El mundo comunista es un sueño imposible: entre sangre salimos de él. Pasamos por la esclavitud, la servidumbre y la organización proletaria, y vamos hacia el colectivismo, una forma más justa de vida.

La sociología y la economía originan el último discurso de Díaz Mirón. No quiere dejarnos partir. Nos detiene, para resumirnos su credo artístico:

—El público debe dar absoluta libertad al poeta y éste queda obligado a tener completa sinceridad.

Todavía en la puerta estamos media hora o más. Sobre Diego Rivera:

—Será un gran espíritu, ya que se atreve a pintar la cosmogonía. . .

Al despedirnos, nos elogia. Salí conturbado, arrepentido. Es, de mis visitas a hombres, a mujeres, de ésta de la que conservo huellas más imborrables, huellas que no destruirá el tiempo.

## FEDERICO GAMBOA

**P**erdón: Yo tengo una idea traviesa de don Federico Gamboa. Una idea formada por la lectura de sus obras, las anécdotas, sus anteojos careyados, a los que en cierta encuesta vi calificados de "pornográficos". Y como *Santa* la encuentro en manos de empleadas, de ésas de la greguería de Ramón Gómez de la Serna: "Cuando el novio de la mecanógrafa estrecha su mano a la salida del trabajo, la encuentra trémula de tecteos." Trémula de tecteos, y de algo más. De frío, de esperanzas, de emociones. Algunas de ellas, de las mecanógrafas, me interrogaron por el escritor. Les referí lo que había escuchado, les describí su aspecto de más allá, de serenidad. Es así, porque viste siempre de negro y nada parece impresionarle, como si todo lo diafanizaran y lo hicieran delicado los anteojos.

Las colegialas, que sólo conocían *Santa* en la película filmada por Elena Sánchez Valenzuela, pedían más detalles, buscaban afanosamente el libro. Una vez me dijeron de varias que emprendieron un paseo a Chimalistac, con el deseo de visitar la casa de Santa, de rezar arrodilladas sobre la tumba, de estremecerse de sueños en la hondonada.

Leí también que a don Federico no le agradaban las entrevistas. Y que prefería la soledad, rodeado de los volúmenes amigos, en su cuarto de estudio. Pero en sus cátedras de Preparatoria era accesible y amable, siempre con un gesto y un ademán de indiferencia. Cansancio tal vez. Se hizo más firme mi opinión cuando le oí hablar, reposado, lento; cuando exponía las bellezas de los clásicos ante sus alumnos de literatura castellana, provocando en ellos el bostezo.

Todo ello lo recuerdo, en tanto que don Federico me invita a pasar a su estudio. La pequeña sala tiene un aire de intimidad y de recogimiento. Seguramente en ella el nove-

lista ha meditado varias de sus páginas más emocionantes, ha leído a los autores predilectos y ha visto sucederse los días. A través de la ventana, se recorta empañada la tarde. . .

Don Federico se reclina en un sillón cómodo y maravilloso, en el que yo había dejado ya mi impermeable y mi sombrero. Los coloca en otra parte. Y:

—Pregunte usted.

Inclina la cabeza, entrecierra los ojos, sin dejar por ello de verme a través de los vidrios redondos. ¿Qué es lo que voy a preguntar? No he pensado nada. Quisiera que él, de repente, me tomara un poco de confianza y me refiriera cosas interesantes: cómo escribe, sus viajes, sus aventuras. Que, sin cruzar los dedos de las manos, hiciese el elogio de Santa, animándola hasta que la palpase vagar entre los anaqueles y los muebles, adivinando una de sus débiles sonrisas de enferma, en los espejos.

—No, no es cierto; usted bien sabe que, cuando uno principia a gozar de cierto prestigio literario, no le faltan enemigos. Eso no pasa de ser un tonto cuento urdido para buscarme dificultades.

Una voz sin matices es la de don Federico. Una voz que no parece alterarse nunca, no sorprenderse con la pasión. Diría yo, por como me habla y por su actitud perfectamente resignada, que es un confesor dispuesto a escuchar tonterías estudiantiles, preguntas imbéciles, pecados sin eficacia. De modo semejante debe recibir a los literatos jóvenes, que lo visitan con sus originales.

Lo que me contaron que hizo él en Guatemala, es algo que merecía ser cierto. Según ese cuento, el joven Federico Gamboa y un secretario de la Legación de España, en un tiempo en el que las relaciones diplomáticas entre México y el país hermano eran demasiado tirantes, despertaron una noche al Presidente Estrada Cabrera para preguntarle “cómo se veían vestidos de toreros”. ¿Acaso no es esto simpático?

—No, no es cierto eso. El Presidente no se hubiera dejado burlar tan sencillamente.

Evocando Guatemala, llegamos a *Santa*. Porque la novela fue escrita allá, con las visiones recogidas en México, quizás



en los años estudiantiles de don Federico. Le pregunto cuáles capítulos de la novela menos mala de él son la vida de Emeteria, de Santa la buena.

En su tono medio me responde, sin que nunca una palabra se eleve, se pierda. Una vez más tengo la impresión de que se resigna, de que eso ya lo repitió en ocasiones numerosas y de que hasta las frases son las mismas. Sus anteojos me miran:

—Yo busqué en Guatemala, entre mis recuerdos, el tipo de la muchacha campesina y pura, que por la seducción llegara al vicio. Y mi memoria me hizo examinar a la buena de Emeteria, que respondía a lo que iba a escribir. Reproduce su vida en el campo, su modo de ser, sus sueños de inocencia. Eso es todo. Después no me faltaron prostitutas que estudiar, todas las que uno va encontrando en su carrera.

—Entonces, ¿usted trabaja un poco a lo Zola?

Sin alterarse, me corrige. No ha cambiado su actitud. No se descruzan los dedos de sus manos. Y su voz continúa opaca.

—Un todo. Yo voy de acuerdo con la frase de los Goncourt, que asegura que el arte está formado de realidad y de belleza. La verdad la da la vida, y la belleza el escritor. Cuando aquélla no es hermosa, toca al novelista embellecerla. Pero si la obra de arte no reposa en la verdad, lleva en sí su muerte, porque inmediatamente se adivina el artificio.

Entonces, me digo, para don Federico Gamboa no existen las más bellas fábulas del mundo, creadas por los que ven más lejos de la verdad. Con esa frase se dejan fuera del arte las leyendas más exquisitas y delirantes. Quedan sin considerar las ficciones que vienen desde los griegos, repitiendo el canto de las sirenas. A no ser que se las considere como simples deformaciones de la verdad. Pero siempre las creeré yo más reales que la misma realidad.

El escritor sigue haciendo el elogio del método naturalista, el único que, según Huysmans, puede hacer producir buenas novelas. Temí por un momento volver a escuchar los panfletos de Zola y las repeticiones de la Condesa de Pardo Bazán en *La cuestión palpitante*. Dijérase que don Federico dictaba una clase o una conferencia. Breve. Sí, por fortuna, fue rápido. En seguida pasamos a otros temas.

—Pienso publicar en este año el cuarto tomo de *Mi diario*, en el que narro mis impresiones de viajes, de visitas a los grandes hombres y del destierro. De estas últimas, usted dice que conoce varias publicadas en *Zig-Zag*: son las que se refieren a Cuba, después de 1914, cuando tuve que huir de México, perseguido por la revolución.

A mi regreso, estuve subsistiendo con lo que me pagaba mi editor. Soy el único literato mexicano que puede decir algo igual. Y aún se continúan vendiendo mis obras: de *Santa* vamos a llegar a los 50,000 ejemplares, sin que decaiga la demanda: acaban de pedir 75 de Venezuela, 40 de Los Ángeles, 25 de Sinaloa.

Esto demuestra que se va despertando interés por lo que uno escribe. ¡Algo consuela!

¿Que se hace trémulo el hablar? Dijérase un relámpago. No. Vuelve a su tono cansado, sin matices. ¿Parecióme ver temblar los anteojos careyados? No. Siguen quietos, mirándome.

Sobre la versión inglesa de sus novelas, me cuenta:

—La casa editora, misma que tradujo *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, me hizo una inconsecuencia por la que la tengo demandada. Cuando *La llaga* estaba concluida en la versión al inglés, pidieron a un profesor que hiciera de crítico. La leyó la esposa del señor ése, y dijo que no se debía publicar, porque consideró inmoral el parto de la rata que describo en ella.

¡Es imbécil! Pero, ¿qué quiere usted? Tengo nombrado un abogado en Nueva York y pido 5,000 dólares de indemnización.

Habla de esos 5,000, como habló de lo demás. Sin alterarse. No ha perdido su aspecto protocolario, su gesto de ministro plenipotenciario y enviado extraordinario, su ademán de secretario de Relaciones Exteriores, de conocedor profundo del Derecho Internacional, de los tratados, de los convenios. Sigue en su rincón, en tanto yo examino los anaqueles: *Beatriz Cenci*, la historia despiadadamente naturalista de Francisco Domingo Guerrazzi; *Memorias*, de Benvenuto Cellini. . .

Sobre la mesa, sin abrir, los poemas en prosa del Doctor

Atl. Y otros, que se empolvan, inútilmente. No tengo tiempo de ir más adelante.

Alguien llama. Sale a recibir. Regresa:

—¿Está usted satisfecho? ¿O quiere seguir preguntando más? Porque tengo que atender a estos señores.

¡Admirable diplomático! Me despide con una tranquilidad y una seguridad casi galante. Hasta me aconseja:

—Póngase su sombrero, que está lloviendo.

Desde la puerta, repito los versos dulces y tenues de las romanzas sin palabras. Los anteojos careyados me miran por última vez.



## LUIS G. URBINA

*A Pablo González Casanova*

**M**añana de domingo, encapotada de lluvia. Un domingo triste. "Irás a una casa humilde", anunciéme el poeta, como preparándome el ánimo para la monotonía del agua y lo pluvial de su espíritu. Después, el maestro, siempre amable, al despedirse quiso saludar lo que él cree mi juventud entusiasta: "¡Feliz Ortega!" Y hube de responderle, con la resignación del indio: "No tanto como usted, maestro." Sonrió, con la sonrisa dulce, maliciosa e irónica del indio, y moviendo la cabeza aceptó: "Sí, porque ha vivido menos."

Regresa sin que al parecer haya cambiado. Los compañeros que lo vieron partir y yo, que lo vi en un corredor de la Preparatoria, rodeado de alumnos precozmente escépticos, lo encontramos lo mismo, en la mirada el brillo de los años pasados y vividos, substituido, a veces, por una opacidad melancólica. Estimando halagarle, le recibimos diciéndole: "El tiempo no pasa sobre usted, maestro." No; sino que explica que se coloca interiormente unos polvos que le conservan la animación del rostro. Pero él sabe que vivió, gozó, amó, viajó. . .

—¡Y he cantado! — concluyó, con el orgullo del indio.

Hablábamos de Venecia, de Roma, de París. De Venecia, de acero durante el invierno; clara y luminosa en la primavera, época propicia para recoger en las campiñas el rocío floral con el que debía lavar su cuerpo la dogaresa. Conversábamos de Anáhuac. . .

"Irás a una casa humilde —me previno el poeta—, una casa en la que voy pasando la vida pobre, casi miserablemente." No atendía yo a sus palabras, sino a su voz, esa voz mono-



corde que tenemos nosotros los indios, y que engaña, y sugestión, y atrae, y convence, y repele, y acaricia, que va de la esclavitud a la altivez. No atendía a sus palabras, sino a esa actitud suya que es la del que lleva sobre sí el peso de una existencia no estéril, y que hace vibrar aún los nervios de la lira.

Lo busqué, el sábado en la tarde, marchando bajo un aguacero que era como un resto del diluvio. Pensaba, al recorrer las calles del barrio, en las quejas del poeta, de sincerísima, desconsoladora amargura. La vecindad tiene un patio amplio, en el que dos, tres niños, juegan, corren, gritan. El corredor del patio tiene dos, tres macetas, en las que las plantas no crecieron como habitúan en estas tierras feraces. La casa, sí, es humilde. Confieso que esperaba algo distinto para quien escribiera *El corazón jugar*. La primera impresión es penosa. Afortunadamente, no encontré al poeta.

Mañana dominical, encapotada de lluvia. Una de estas mañanas en que uno pide el diluvio o el arco iris, definitivamente. No conseguía olvidar lo visto, lo oído la tarde anterior: las macetas con las plantas anémicas; el patio escasamente animado; los gritos de los dos, tres niños que jugaban, corrían con timidez.

Encontré al poeta escribiendo, en pijama, la tiniebla de la noche y la luz del día reunidas en la pupila de indio, para dar máxima claridad vibrante a las frases, que íbanse desprendiendo del extremo de los dedos magnéticos. Escribe en un extremo de la pieza, de espaldas a los balcones, para que estén bien iluminados los pequeños pliegos de papel en los que van apretándose las líneas, las letras, rítmicamente. Escribe con lentitud, como para dar espacio a las ideas y que éstas se desenvuelvan libres y unidas. No alcancé a distinguir una sola corrección.

Interrumpió la labor para recibirme. (En la mesilla acumulábanse revistas y periódicos, dos libros —uno de Araquistain, otro de Concha Espina—; los pliegos de papel, uno sobre el otro, desprendidos como hojas del fuerte árbol del espíritu.) Retratos antiguos, de ésos que Núñez y Domínguez —“Mi vida está llena de nombres de mujer. . .”— publicara. En un cuadro está Urbina con los ojos luminosos, el bigote escaso,

los labios golosos. Retratos de modas, de juventudes pasadas y extintas, pero que retornarán inevitablemente. El poeta extendía las manos breves y nudosas, cuidadas, morenas, en las que los dedos están habituados a la pluma, al lápiz. La asociación impuso que él murmurase la primera estrofa de "La elegía de mis manos".

Regresa desilusionado, abatido tal vez, pero sin el cansancio de otros:

—Me encuentra trabajando, haciendo por la vida; y esté seguro que quisiera ya no escribir, sino hacer algo distinto.

Hizo a un lado las cuartillas, la pluma, el tintero. Estoicamente, como un indio, preparábase para hablar de sí mismo, que es la más molesta de las formas de tormento.

Le pregunté por Veracruz y por Díaz Mirón. No es posible para mí olvidar al "puerto bullente" y al poeta orgulloso, y las dos voces resonantes, conforme al adjetivo de Rubén Darío: la del mar y la de la lira vasta y magnífica como la de los rapsodas griegos. Veracruz se le mostró a través de los aguaceros torrenciales del trópico, sinfónicos como una selva. No vio, por malos informes, al artífice de *Lascas*. Aseguré:

—Un conversador supremo.

Volvía a escuchar el verbo cálido y armonioso del Díaz Mirón de los veinte discursos, moderno y antiguo —Esquilo, Platón y Einstein, Sem Benelli y Tolstoi—, límpido y oscuro como los "ojos de agua" de mis tierras.

—Sí, es un conversador de discos que cansa cuando repite seis o siete veces la misma disertación sobre igual tema, como Valle Inclán. Conocí a los que, seguramente, han sido de nuestros mejores conversadores, y que es difícil serlo: a Guillermo Prieto, Altamirano, Juan A. Mateos, Joaquín Cardoso, Justo Sierra. Pero era que actuaban en un medio más amplio, de más unión, y eso les obligaba a hablar. Encuentro que la juventud está dividida en grupos de dos o tres, separada, distanciada, y entonces explícate uno que los muchachos callen. Tiene, también, el caso de un orador que no era buen conversador: Urueta. Urueta necesitaba exaltarse, inspirarse.

La voz monocorde, pero no monótona, amable y discretamente variada, teñía de realidad las figuras de los amigos des-

aparecidos. Urbina no acciona. Pocos indios movemos las manos, y eso casi nunca con medida, con equilibrio. Pero cuando uno de nosotros lo logra, ¡qué incomparable sugestión despréndese de él! Seguimos siendo monolíticos, con alegrías y dolores sordos.

—No sé. . .

Ignora si quedará en México, que sabe tener derecho al reposo, o si volverá a salir, que no le agrada el hacerlo. Como le interrogara sobre nuestra literatura:

—¿Y quién dice que no existe? Sí, una literatura de reminiscencias, como le escribía en una carta a Luis Quintanilla, el de *Avión*. Veo con creciente interés las nuevas formas poéticas y espero de ellas una depuración, un perfeccionamiento. Yo bien hubiera querido modernizarme, pero no lo he logrado.

Pasa despaciosamente la mano sobre los papeles en que escribió. Me fijó entonces: sus ojos están apagados, sin ese brillo que tienen en las fotografías. ¿Quién veló esa lámpara? Seguramente no es sino por unos rápidos, escasos momentos, porque vuelve a lucir. Insiste:

—Llevo muy cerca de cuarenta años de periodista y quiero dejar el oficio. Nosotros estamos mal colocados, Ortega, porque no somos declaradamente literatos o periodistas y por ello sufrimos mil contingencias. Si tiene una oportunidad, salga del periodismo, libértese. Yo disfruté altos sueldos, de editorialista, de cronista, y como ustedes, iba con las tiplecitas, y sé hoy que eso es pasajero. Aquellos de mis discípulos que de Preparatoria se lanzaron a él, lo hicieron contra mi voluntad. Fíjese en Gómez Ugarte, que es director de *El Universal*, que escribe versos humorísticos, y que pudo haber dejado una obra consistente, porque era un poeta.

Por aquello de las tiplecitas, conversamos de mujeres. Afirma Urbina que los generales y los ministros terminaron con las mujeres románticas, con las mujeres desinteresadas. Y yo, con experiencia reciente, le pregunté:

—¿No pasó usted por la sensación penosa de no lograr el conocimiento total, íntegro, de una mujer?

Y él:

—Sí; las mujeres son como las ciudades, que no termina



uno de conocerlas nunca, porque se llenan de misterios y de secretos, se cubren de velos y enredan sus calles. Precisa un trato largo e íntimo, minucioso y tenaz, para que, cuando menos confiamos, se nos manifiesten.

Encuentra a México triste. La ciudad, efectivamente, es triste, sin el café, sin los teatros en número, sin las exposiciones y los conciertos frecuentes. Prefiere, de sus libros, *El corazón juglar*, y de sus versos los *Poemas crueles*, aquellos que "los críticos consideran más malos".

—Tal vez por ello — comenté.

Negó Urbina. No es por eso, sino porque se encuentra más en ellos. Le narro mi visita a Balbino Dávalos, en San Ángel, preocupado el traductor de Gautier por el ocultismo y el budismo, por el espiritismo, por todo lo que viene de Oriente, inclinándose sobre los textos originales, para descifrar el secreto de la vida y de la muerte. Urbina, que escuchaba:

—Todos mis amigos atraviesan esa crisis, que es como una reacción contra el antiespiritualismo ambiente. Balbino Dávalos desde numerosos años atrás tiene la curiosidad. Tablada recién me escribió, pidiéndome ingresara a la Teosofía, que da la única razón de existir. No sé. . .

—Ninguno sabe: ni él ni nadie. Sobre movimiento social:

—Estoy asombrado de la inquietud, del miedo de nuestras gentes, que ven cosas terribles cuando en verdad el movimiento ni siquiera se inicia aquí, cuando todavía falta lo esencial. Yo escribiría en pro de las nuevas ideas, porque está vecina la última lucha entre el capital y el trabajo, y nosotros, proletarios como los obreros, debemos estar con ellos.

Muestra sus conocimientos sobre organizaciones obreras, capitalistas. Confiesa que continuará escribiendo versos, por hábito, y porque le divierte, pero que tras de *Los últimos pájaros*, no publicará un solo poema.

—¿Y qué hará usted?

Contestó:

—Prepararme para el fin,irme acostumbrando a pensar en la muerte.

Rechacé:

ORTEGA/HOMBRES, MUJERES

—No, maestro, todavía vivirá largo. No importa que sus libros lleven títulos crepusculares: *Lámparas en agonía*...

Y él:

—A todo lo largo de mi obra va el pensamiento de la muerte. Recuerde: *Puestas de sol*. En tanto las lámparas estén en agonía, aún hay vida. Pero, como los místicos, interesa irse haciendo, con serenidad, a la idea de la muerte...

## RAFAEL LÓPEZ

*A Jorge Loyo*

Justamente, para dar una breve y exacta impresión de la vida de oficina del poeta, ésa sería la empleada que yo hubiese elegido: la eligió él y la hicimos posar en actitud que fingiera la de todos los días.

—No; será una fotografía demasiado primaveral para este sitio.

Aseguré a Rafael López que así era mejor. Y ante la gracia pasiva de la taquígrafa, que era como resumen de la gracia de todas las mujeres, yo repetía: Huelen tus dieciocho años. . .

Era que las sombras, que alguna vez dije rodeaban al poeta, no existen. Esa sombra de los anaqueles se desvanece por la luz que se precipita de las ventanas y la animación de las reuniones juveniles y aquella segura palabra de Rafael López, que anima las más inanimadas frases y las alienta con ese su gesto de amable bondad y comprensión. Por ello es grato asistir a las tertulias del Archivo General de la Nación, en las que aparecen las juventudes mecánicamente estridentistas, y las edades de los que ya no ignoran que “la ruta es negra y breve”.

Esa misma sensación de lejanía y soledad que da el recogimiento de la lectura, se repite para mí en este local en que los gritos del exterior llegan como desvanecidos por una larga distancia, y sólo persiste la armonía de algunas explicaciones. En las tertulias, aparecen de pronto los tipos más increíbles, como el de ese fantástico Muñiz, que ha jurado suicidarse colgándose de un pino. Para todos tiene Rafael López un consejo, un aliento, un estímulo.

—Yo —dice— nunca he destruido la esperanza de un jo-

ven, porque la experiencia me enseñó que de quien menos se piensa se obtienen los más sazonados frutos líricos, cuando existe la voluntad de ofrecerlos; de la más pequeña llama de inspiración, es posible que brote un incendio.

Habíame atraído por esa admiración que manifiesta en sus versos hacia las magnificencias del Renacimiento, hacia la obra divina de Gabriel D'Annunzio. Y en mi interno estremecimiento alguien murmuraba las estrofas de "La vendedora de flores": Yo la veía todas las mañanas. . .

—Hay en ese poema —continúa— una parte de verdad, que lo restante es fantasía poética. Lo escribí a los veinticinco años. Todos los días encontraba junto a la iglesia de Santa Catalina de Sena una guapa muchacha, a la que compraba flores. La cortesana que pasa "como encendida racha — en el divino encanto crepuscular de la hora" es ya una ficción. D'Annunzio lo conocí en aquellas antiquísimas traducciones de Maucci, y después lo leí en italiano.

¿Y cómo no voy a admirarlo, si elegido por pescadores se declaró diputado por la belleza? Del Renacimiento, prefiero a seis o siete figuras: Leonardo da Vinci, Miguel Ángel, los Médicis, Francisco I. A éste le perdono todas sus lacras como gobernante, sólo en virtud de haberle tendido su regia mano a Leonardo.

La elegancia de la poesía de Rafael López, parece responder todavía a sus gustos más íntimos, más completamente suyos. Pero no:

—Ha habido en mí una profunda, una decisiva evolución. Se debe en gran parte a la lectura de los modernos novelistas rusos, que no son ya novelistas, sino fundadores de una nueva sociología y a cuya cabeza va Andreiev. Confío en el pueblo, porque considero que en él está la VERDAD. ¿Acaso no tiembla usted leyéndolos? Y yo creo, después de conocerlos y de conocer el *Juan Cristóbal*, de Romain Rolland, que en una época indefinible, pero cercana, la humanidad dará numerosos "Juan Cristóbal", hombres justos, que se acerquen a los dolores de sus semejantes.

Esto nos llevó directamente a la cuestión social, que agita a los espíritus aun en su más perfecto egoísmo, y que les hace

dar algo de lo suyo a los que no tienen nada. El poeta palpita con las palpitaciones nuestras, y dice:

—No; no soy de los que se asustan con las revoluciones. Cuando veo que un escultor da la dignificación del bronce a un Carlos IV, y comparo lo que es en la estatua con lo que fue en la vida, no puedo menos de admitir que todavía correrá mucha sangre para que tales injusticias no se repitan. Creo que de todo esto saldrá algo bueno para el mundo, aunque sea una leve mejoría.

Elogió en seguida la labor renovadora de José Vasconcelos, que de un sistema educativo retrasado e inútil está haciendo surgir otro que responde a las exigencias modernas, que dará mayores ímpetus a la nacionalidad. Sólo siente que haya encontrado un medio raquítico, en el que los que no se burlan de él, lo traicionan.

—Lea usted esa carta de Vasconcelos dirigida a Antonio Caso. Es hermosa y su frase final merece ser conocida. Desgraciadamente no la recuerdo.

Como recién entrara Rafael López a la Academia, le pregunté sus impresiones respecto a la docta e inútil corporación. Las conocía desde la encuesta que hice para investigar quién era el escritor más malo de México:

—Usted sabe cuáles son mis ideas sobre la Academia. En esto ha habido dos corrientes: la de las personas que caminan con bandera de serias, que creen que mi elección era la más indicada y dicen que se había retrasado; y la de los jóvenes, que se sienten traicionados. Pero no es ni una, ni otra cosa: son los compromisos sociales que me arrastraron a aceptar algo que hasta ahora había chocado con mi modo de ser. Pero diga usted que nunca me sentaré en ese sillón, porque en tal ambiente, a no dudar, me sentiré solo, en medio de todos aquellos respetables sabios que dan lustre y brillo al idioma. . .

Comprendí la ironía. Ciertamente: la inquietud de Rafael López no es posible que esté bien colocada entre las canas espirituales de los poetas aburridamente guadalupanos de la infantil sociedad de elogios mutuos. Pronto publicará un primer volumen de su obra en prosa, seleccionada de la labor periodística de crítica y de crónicas, hecha con más cui-



dato y menor apresuramiento. A éste seguirán otros, y un libro de versos, que se ha hecho esperar. Un amigo del poeta está convertido en su editor, y así él ha escapado a las horcas caudinas de los que editan libros en México, explotando a los autores.

—¿Volver al periodismo? Sólo lo haré por necesidad, y no porque esté decepcionado de él. No. Pero estoy en una posición que me permite dedicarme a lo que había deseado: leer mucho y escribir tranquilamente. Usted diga también que guardo buenos recuerdos de la forma en que me trataron durante mi actuación de diarista.

Intermedio. Dijérase obscuridad. A un empleado que anuncia a un individuo desconocido, el poeta responde:

—Favor de decirle que espere.

Proseguimos. Suspira en nuestros dedos un cigarro, con un suspiro que es luminoso. Rafael López:

—A un joven de inspiración, de verdadero temperamento artístico, no le aconsejaría que se dedicara al periodismo, que destruye las más altas aspiraciones estéticas.

Las admiraciones literarias tuyas, son casi las mías. Le hablo de *El Rey Hambre*, de Andreiev, impreso por una editorial uruguaya en tinta roja, como para comunicar más la sensación de miseria y de revancha. Varias páginas de la novela más pura de D'Annunzio, *Las vírgenes de las rocas*, son traídas de uno de los menos oscuros fondos de la memoria, sobre todo aquellas en que se hace cantar a las fuentes por la voluntad divina de Anatolia.

—Bello, muy bello. . .

—¿Y la política?

—¿Por qué me pregunta usted por la política? Únicamente he actuado en ella por accidente: durante el gobierno huerista ocuparon altos cargos amigos míos, y uno de ellos, José María Lozano, me nombró su secretario particular. Fui diputado en la legislatura en que estuvo Salvador Díaz Mirón. Y tan es conocido que la política no me simpatiza, que mis amigos revolucionarios no se retiraron de mí, y estoy como director del Archivo General de la Nación.

Quise interrogarle de cómo vive, de sus sueños, de sus aspiraciones. Me refirió su viaje a Guanajuato y el nuevo gri-

to de independencia que diera para responder a las incorrecciones del gobierno local. Después de una ceremonia, él pronunció su discurso ante el pueblo, subido en una banca de la Plaza de Armas y bajo un voltaico ciudadano.

—Encontré ancianos que me reconocieron. El pueblo me recibió muy bien y ello me llenó de gozo, porque la pequeña dádiva de arte que podemos dar, debemos entregarla a él, descendiente directo de los que han luchado por nosotros.

He aquí que el poeta se acerca una vez más al pueblo. Como que para él es “gracia y no carcoma”. Y en tanto que en mí y a una cita se despierta por anticipado la melancolía de cuando se pasa la “mitad del camino de nuestra vida”, es inevitable murmurar: *Tejed en guirnaldas las rosas bellas...*





## VICTORIANO SALADO ÁLVAREZ

Llamo, un poco inquieto de no encontrar a don Victoriano Salado Álvarez. Es inmediatamente él mismo quien abre. Me invita a pasar, con esas maneras de diplomático que ha viajado por todo el mundo. Subo. Penetro a una pieza llena de libros, de cuadernos.

Está el señor Salado Álvarez esperando. Inicia una charla alegre, vivaz. Nadie como él para las anécdotas. Me hace notar olvidos en mi contestación a una encuesta, me señala deficiencias:

—Faltaron poetas como Tablada y Balbino Dávalos. Y sí existen prosistas mexicanos: Federico Gamboa, como ejemplo. De los escritores extranjeros que usted prefiere, sólo me agrada Azorín. Al señor Noriega Hope le diría que no debe considerar como prosista a Luis González Obregón, porque no existe ninguna razón para ello. Soy muy amigo de González Obregón, lo estimo, pero creo que sólo es un admirable investigador histórico y un ameno narrador.

Atiendo las indicaciones, las sugerencias. Tomando de sobre una mesilla un tomo de Eugenio d'Ors, se queja de las traducciones castellanas, elogia al comentarista catalán.

—Lástima que no escriba en español, para que se le incluya en las respuestas. Pero en general estoy conforme con usted. ¿Usted fue el que dijo que a Alfonso Reyes debe tomársele como español? ¿Sí? A él le va a doler en lo profundo eso.

Lo interrumpo. Casi le atajo la palabra:

—¡Pero es cierto!

—¡Quién sabe! Usted dijo de Alfonso Reyes lo mismo que yo de don Francisco A. de Icaza, cuando alguien lo calificó como uno de los poetas representativos de México. Esto es imposible, porque no ha tenido ninguna influencia y ca-

rece de toda significación entre nosotros. Es completamente español, y si lo vemos así, es un poeta apreciable.

“La memoria hasta hoy fiel” evoca a don Francisco A. de Icaza, compañero de viaje, cuentista, conversador agradabilísimo, con nervios impresionables a la más leve sensación, con la susceptibilidad pronta a sentirse herida a la menor palabra de doble sentido. Don Victoriano es el que conversa. Se da cuenta de lo que puede interesarme, como si telepáticamente le formulase mis preguntas. Me refiere las sesiones de la Academia para discutir el conflicto suscitado por las famosas declaraciones de Rafael López, las solicitudes de don Francisco Elguero para que se aplazase toda discusión durante seis meses o un año.

—Ustedes creyeron que él y Federico Gamboa eran los principales causantes de todo, y no, estuvieron conciliatorios, que don Federico votó por una proposición que no era suya, consistente en declarar vacante el sillón de Rafael López.

Sobre las nuevas tendencias literarias de México da opiniones sagaces. Hace una rápida historia del nacionalismo, que “aparece después de cada revolución”, desde los tiempos del “Pensador Mexicano”. Para él, de lo que entonces se escribió sólo persiste *El Periquillo*, a pesar de la obra copiosísima de su autor y de sus continuadores. En la Reforma, fue Altamirano el maestro, y como fruto de sus enseñanzas surgieron Urbina, Luis González Obregón, Bustillos, y los que laboraron con ellos.

—Altamirano, que había luchado con las armas en la mano contra la intervención, estuvo de acuerdo en su vida y en su doctrina. Pero aparece Manuel Gutiérrez Nájera y todo cambia: la literatura mexicana se afrancesa, surge la ideología que estuvo en ejercicio más de treinta años.

Es el suyo un conocimiento completo. Las figuras artísticas más interesantes de México, desde aquellas del tiempo del Segundo Imperio, las hace revivir en su plática. Para justificar su opinión de que no podemos tener emperadores, ni príncipes, porque estamos acostumbrados a la falta de admiración para gentes que todos los días vemos en camisa, me narra un episodio de don José María Roa Bárcena:

—Una tarde, en la Academia, Roa Bárcena, uno de los

conservadores más recalcitrantes de México, refería que estaba satisfecho de las investigaciones hechas acerca de su genealogía: "Ricardo logró ya averiguar que un Roa fue ahorcado a la salida de Jalapa, por asesino; y que, en el mismo lugar, la mano de otro Roa fue exhibida, por ladrón."

Y si esto hacían los conservadores, ¡qué no haremos nosotros!

El tiempo sigue. Debo salir. Don Victoriano sonríe al recordar los pleitos curiosos y divertidos de Amado Nervo y don Francisco A. de Icaza. Las conferencias de Marinetti en Milán y Venecia.

—Le tiraban con jitomates, con cebollas; se reían al ir a hablar él. Pero continuaba, imperturbable. Es un desequilibrado de mucho talento, y si usted ve su rostro de hombre bien parecido, se asombra de oírle decir tales enormidades. Es como cuando se ve a Picasso y a sus cuadros. . .

La última tregua de silencio. Me toca terminarla. Y él:

—Cuando rompí con Reyes Spíndola, que fue a traerme hasta Guadalajara y que ya en México me dejó en la calle, tuve la suerte de encontrarme con don Santiago Ballescá, que me puso a escribir novelas, dándome \$ 250.00 al mes. Y \$ 100.00 que tenía como profesor y otros \$ 250.00 como diputado, me pusieron en condiciones de hacerlo. No tenía trabajo, porque entonces los diputados no nos ocupábamos de tirotearnos. . .

Ríe. Me asegura que don Francisco Elguero nunca pronunciará su discurso de recepción, porque para hacerlo tiene que enterrar a todos los académicos, y ello es un poco difícil. Y sigue el callar definitivo, y el bajar hacia la acera trepidante.



## FRANCISCO GONZÁLEZ LEÓN

Un día completo de camino, en compañía de un arzobispo y seminaristas golosos. Un paisaje monótono, triste. En las estaciones oímos a los cantadores peregrinantes sus “corridos” melancólicos. (Por aquí vivió ese azote de Dios que se llamara José Inés Chávez García.)

A las ocho de la noche llegamos a Lagos. Una estación pequeña. En un tranvía de hace veinticinco años nos dirigimos al pueblo, todo dormido al amparo de su iglesia milagrosa. Saliendo del hotel, como buscáramos un sitio de pecado, se nos enteró que Lagos no tiene. Por las callejas pasan sombras de mujeres recatadas, un hombre canta.

Alguien nos indica la casa del Eremita. Nos hablan de él, como de una persona a la que se ve diariamente, que pasea en el zócalo las noches de serenata y va a misa los domingos. Creemos que es, en verdad, un eremita modernizado el que saldrá a recibirnos a esta puerta que da a la calle dominada por el Convento de Capuchinas. Y saldrá con par-do sayal, rosario y los labios secos, cansados en las disipaciones del siglo.

Nos anuncian. Aparece, todo envuelto en el abrigo, con una mascada al cuello, cubierta la cabeza con un sombrero pasado de moda. Nos invita a pasar a una sala minúscula y curiosa. Afanoso toma nuestros sombreros, nuestros abrigos. Ofrece sus celdas oscuras a los huéspedes que llegan. Sonríe. Con una sonrisa que evoca la de las tiples de mis escenarios, porque es toda fácil e irónica. Interroga a mi compañero sobre el viaje, la situación política y, con anhelo visible, sobre Guadalajara, que ha quedado allá.

Habla de revistas, del aislamiento en que transcurren sus días humildes e inertes. Los espejuelos brillan intensamente



con la luz de los ojos encandilados de memorias. Procura examinarme, dirigiéndome preguntas como ésta:

—¿Qué le parece Quintanilla en *Avión*?

Cuando le contesto, concluye él:

—Lo mismo a mí: artificioso y falso. Ese libro es una serie de sensaciones que no logran todavía hilarse unas con otras y que, por consiguiente, no producen ninguna emoción. Yo le digo lo que pienso con toda franqueza, y aún temiendo estar errado. . .

Se queja de soledad. De que no le llegan libros, periódicos. Entonces le insinúo que salga de Lagos, y me afirma que nunca podrá abandonar el pueblo, porque está ligado a él por la sucesión de años grises que lo han acostumbrado.

Le entrego el envío del ingeniero Agustín Basave y los ejemplares de *Campanas de la tarde* que debe autografiarme. Nos acompaña al hotel. Y en la población muerta queda un intenso silencio, lleno de las existencias de otros siglos.

Lagos da la misma impresión que Zapopan. Sólo encontramos devotas, porque las muchachas no salen sino a misa y a la serenata. Dos, tres personas nos saludan. Mi kodak llama tanto la atención que mi compañero me aconseja esconderla en la maleta. Es una mañana nublada, casi lluviosa, que hace más penetrante la angustia de sentirnos lejos.

Lentamente va componiéndose el tiempo. Sol sobre las torres de la parroquia. Damos vueltas detenidas al zócalo, y rezamos un momento en la iglesia. A las once el día está animado y alegre, y es a esa hora cuando nos encontramos con Francisco González León.

Se ha arreglado seguramente como hace treinta y cinco años, porque sabe que vamos a retratarlo. Entonces debe haber ido así al tropiezo con la tiple que en su vida hace sonar perennes castañuelas, en la jovialidad dorada de los atardeceres septembrinos. Lo hacemos pasar bajo los árboles, para que tenga como fondo algo que es casi una floresta pánica.

El rostro es siempre afable, sardónico. Adquiere seriedad cuando saluda a las gentes de pro. Pero con nosotros, que no ignoramos los despilfarros, es francamente juvenil. Principia por decirnos:

—No tomo en serio la vida, ni mi poesía. Ésta es una salida a emociones, una distracción para que no me invada el tedio, el aburrimiento.

Después había de contradecirse, al discutir sobre arte con ese aire que se tomaba en las antiguas cátedras de latinidad y filosofía. Temprano probó la miel y, según me dijeron, hizo un matrimonio inesperado por el que la familia quedara desconcertada. Fue tras de la fiesta que parecía interminable de Guadalajara, cuando se desprecia el hábito vestido en el seminario y la plática sapiente del canónigo que era “prebendado de la catedral”.

Al mostrarnos las obras del zócalo, se interroga a sí mismo, inquieto y temeroso:

—¿Por qué hacer parques ingleses en esta tierra de sol? Explícase cuando va a darse vista a un bello edificio, como éste de la Parroquia, del que dicen es uno de los más interesantes de América.

Lo acompañamos a su vieja botica. Hace años que ésta dejó de existir, y se abre sólo para el poeta y sus amigos. En tanto atiende a sus negocios, examino los libros colocados sobre una mesa: páginas escogidas de Rubén Darío y Amado Nervo, *Las montañas del oro* de Lugones, gramáticas latino-españolas y tratados de química farmacéutica.

—Rubén Darío me parece elegante y frívolo, sin hondura. Nervo es uno de los escritores que me han hecho sentir, vibrar, emocionarme. Lugones es grande. . .

Esto último lo dice con un poco de indiferencia. Se da a contarnos cómo escribe, cómo vive, lo que sueña en la paz de este Lagos moribundo. Su ex botica está frente al zócalo, en los bajos del hotel “Jardín”, y el local casi abandonado va llenándose de polvo, de sombra. Desde el mostrador vemos pasar dos, tres muchachas, y los chicos que salen de la escuela.

—Sí, cerré la botica, que se llama “El Refugio”, porque la experiencia me ha demostrado que, sin servicio médico, un negocio como el mío no puede persistir en Lagos. Era secretario del Ayuntamiento. Actualmente lo soy de la Beneficencia Privada, y me dedico a vender lo que recibo en comisión.

Quedamos azorados. Tal vez estemos pálidos de asombro.



González León nos recita un poema a Guadalajara, escrito con lo que dejó la ciudad en su ánima hace catorce años. Porque hace catorce años hizo a ella el último viaje.

—Escribo de recuerdos, de lo que viví hace tiempo. ¿Qué quiere usted que yo tenga de bueno? Por eso no quiero salir de mi rincón, para no decepcionar a los que me concedan alguna importancia. Cuando López Velarde quiso conocerme, me negué a ello, por mí y por él. Deseaba quedar con la figura suya que me había imaginado, sin defectos, sin manchas.

Nos lleva al antiguo convento de Capuchinas, para que tomemos una vista de la parroquia. Va risueño, juguetón. En el corredor ennegrecido se abren varias puertas, y cada una de ellas tiene un letrero: Clase de Física. Clase de Química. Clase de Latinidad. Clase de Lógica y Metafísica.

Supongo que aquí estuvo un seminario.

—Miren, ése es el oratorio del convento. Está en ruinas. Ahí, a veinte pasos, está mi casa.

Posa, aún más. Termina:

—En arte acepto como fuerza mayor la originalidad. Óigame, ¿a usted no le ha pasado que lo que menos le gusta es lo que más interés produce al que lo lee? A mí eso me desconcierta. No he encontrado todavía un espíritu hermano del mío.

Se despide.

Nos reunimos en la botica a jugar un partido de ajedrez. Mientras muevo las piezas, tengo deseos de preguntarle quién era aquella cuyas manos “exhalaban el aroma de un lápiz acabado de tajar”. La campana de la parroquia insiste en llamar al rosario. Es jueves, y habrá serenata.

—Lo que más me agrada es el cine. Y eso porque es propicio a la voluptuosidad. ¿Artistas? Sólo conozco italianas: María Jacobini, Pina Menichelli. No puedo olvidar que en una película ésta alzó los brazos y...

El ermitaño se ha vuelto fauno. Es decir, no ha dejado de serlo. Los tropiezos estudiantiles se animan:

—No, ya no voy de parranda. De estudiante... Cierto lo que dice López Velarde... ¡Cómo eran aquellos tiempos del

paseo en coches, del paseo en los portales! . . . Fui un loco. . .

Narra una aventura. Estudió en el seminario y, después, farmacia. Y se retiró a Lagos para arrepentirse de sus pecados. Esta noche escucha nuestros relatos.

En espera del tranvía, paseamos en el zócalo, animado de sonrisas y de miradas. Nos acompaña. Nos despide con un abrazo.

Al partir, veo que entre torre y torre de la parroquia está colgado un foco eléctrico. Esto es lo último que noto de Lagos, que, como la noche anterior, se queda dormido al amparo de su iglesia milagrosa.



## JOSÉ VASCONCELOS

*Para Alejandro Gómez Arias*

**I**mpresionable, nervioso. Sus antenas espirituales vibran inmediatamente con los menores mensajes. Es de estatura mediana y, lo que más llama la atención en su rostro, son los ojos, que parecen muy abiertos. Tiene la respuesta breve y seca, cuando desea terminar con su interlocutor; pero también sabe prolongarla, haciéndola clara y simple.

Impresionable. Vive con las noticias diarias, con las opiniones diarias y con los mensajes divinos. Lo más fugaz y lo más perdurable. Religioso, de una religiosidad extraña tanto como su pensamiento. Es un occidental que logró ya escribir. "*Cristo, Amor. Budha, Conocimiento. Brahma, lo Absoluto.*" Y que, a pesar de ello, está lleno de pasiones y de voluntades, de tristezas y de alegrías.

Díaz Mirón, en su orgulloso retiro de Veracruz, lo comprendió, casi lo admiró. Gabriela Mistral puso en mí el afán de conocerlo, para comparar la persona humana y el alejado de las vanidades, vanidades que jamás han desaparecido por completo de él. (Es una vanidad el amor a la patria, y él habla en alguna parte de su "*México ingrato donde no me dejan vivir*".)

Es el que ha hecho habitar entre nosotros a "la ciega Esperanza". En las ciudades como en los pueblos —Tonalá de los tulipanes y de los alfareros—, se espera de él, se confía en él. Ha logrado comunicar la fe que lo anima a nosotros, a los temblorosos, a los que dudamos. En la revolución es uno de los que significan y representan el pensamiento y, con sus defectos, uno de los más altos intelectuales de ella.

El poeta Jaime Torres Bodet me condujo a la sala ministerial. Y Vasconcelos me recibió media hora en su despacho,

ese despacho enorme al que nunca llega, si bebió champaña, si antes no ha tomado "sen-sén".

Salían Francisco Orozco Muñoz y Enrique González Rojo. Estuvo a punto de hacerse la soledad porque el mozo vigilante inclinábase hacia la calle estridente. Hubo una pausa en la que presentí las palpitaciones de los nombres inscritos en el muro, y de las figuras pintadas por Roberto Montenegro, y la gravedad de la estatuilla serena de Palas Athenea.

—¿Qué es?...

La primera pregunta. Temí un momento que adoptase la actitud aburrida que utiliza en las ceremonias oficiales, en las que, según Francisco de Asís Monterde y García Icazbalceta, se "siente el discóbolo de su propia cabeza".

—Me han seducido —responde— en primer lugar la vida y después aquellos que han sabido interpretarla noble y altamente, como Esquilo y Platón, Plotino y Dante, Kant y Beethoven.

Aparecía el hombre subjetivo, no el ministro. Cálido, tropical. Y:

—Las únicas figuras que admiro son las que están limpias de sangre y de lucro, como Tagore y el Gandhi.

¿Y de sus libros? ¿Cuál es el que lo ha conturbado más, en el que puso más fe, en el que esperó más? Era preciso definirlo, porque a veces esa oscura e inexplicable predilección revela al escritor.

—Mi libro *Pitágoras*, probablemente porque es el primero, pues a medida que pasa el tiempo se pierde interés en la propia obra y si uno sigue realizándola es sólo por una especie de fatalidad.

En seguida, su futuro, el futuro de él. Porque yo tengo mucho de antiguo, y numerosas veces me he inclinado a interpretar las señales:

—Dejaré la Secretaría el año entrante, porque ya siento necesidad de escribir y lo que tengo que decir no puede decirse en un puesto oficial; escribiré notas sobre mi último viaje a la América del Sur, memorias sobre la revolución mexicana, y después continuaré la serie de ensayos que principia con *Monismo estético*, terminando con la estética fun-



damental que desde muy joven tengo iniciada, y finalmente una síntesis de las religiones.

Concede la primacía artística a la palabra y a la música. Son los medios de que se vale la Divinidad —Aquel que no tiene nombre—, para transmitir su mensaje a los hombres. Y el arte es para todos los hombres, esencialmente para los pobres, para los miserables, para los incrédulos. De ahí que una de sus constantes preocupaciones haya sido la de editar a los clásicos, fuentes de nobleza y de fuerza, y la de que el pueblo escuche a Beethoven.

—Como Ministro de Educación Pública, no tengo derecho a tener preferencias entre los pintores y los escultores. Me limito a procurar ofrecer a todos elementos para que trabajen, sin preocuparme mucho del trabajo mismo. En lo individual me confieso responsable de juzgar a la pintura como un arte servil, cuando no caricaturesco. En muy pocos clásicos hallo mensaje; me seduce momentáneamente el color, pero no tengo ojos para ver el detalle; sin embargo, siento la impresión general y que un edificio se ennoblece con el ensueño de los pinceles. Se ha pintado mucho en los últimos tres años. A todos los que estaban en Europa conseguí atraerlos y creo que se han desafrancesado y ahora pintan como se pintaba en la Colonia, bien o mal, pero en grande. Una de las primeras observaciones que les hice fue la de que debíamos liquidar la época del cuadro de salón para restablecer la pintura mural y el lienzo en grande. El cuadro de salón, les dije, constituye un arte burgués, un arte servil que el Estado no debe patrocinar, porque está destinado al adorno de la casa rica y no al deleite público. Un verdadero artista no debe sacrificar su talento a la vanidad de un necio o a la pedantería de un *connaisseur*. El verdadero artista debe trabajar para el arte y para la religión, y la religión moderna, el moderno fetiche, es el Estado socialista, organizado para el bien común; por eso nosotros no hemos hecho exposiciones para vender cuadritos, sino obras decorativas en las escuelas y edificios del Estado. Después les he dicho que toda mi estética pictórica se reduce a dos términos: velocidad y superficie, es decir, que pinten pronto y que llenen muchos muros. Como sé que tienen talento, con eso basta.

En realidad estimo a los pintores, y creo que si tuviéramos una generación de músicos, comparable a la de los pintores, en producción autóctona y abundante, el nombre de México correría por el mundo. En cuanto obra perdurable, ¿qué cosa es obra perdurable?

¿Iba a temblar su fe? Releí mentalmente los párrafos de *Monismo estético* en que asegura la supervivencia del pensamiento humano a las más completas catástrofes. ¿Y acaso la pintura no es expresión del pensamiento? Él continuaba, tranquila, firmemente:

—De los escultores, tengo que decir algo semejante: soy incommoviblemente clásico y sólo me gusta lo griego de la época de Fidias, pero creo que hasta los malos ensayos sirven para depurar el gusto. En el edificio del Ministerio y en el Estadio se está haciendo obra escultórica de importancia para nuestro medio. Desgraciadamente la escultura cuesta más que la pintura, y ¿qué cosa sería se puede intentar en un país en que el ejército y los políticos consumen la mitad del presupuesto? Siquiera nosotros no hemos tirado casas, las hemos construido.

No parecía cansado. Atendía mis indicaciones, mis sugerencias para ampliar una contestación. Terminó:

—De los escritores debo abstenerme de hablar en concreto, pero en general, creo que todavía no se produce un grupo cuya obra sea comparable a la de los poetas que llevaron el nombre de México por todo el Continente, en la generación que termina con Díaz Mirón y González Martínez.

No quiso hablar de política. Escuchó mis opiniones, que quedaron sin respuesta. Sólo una. ¿Revolución? No; él espera que no la haya. Opina que no debe haberla. Pero está listo para el destierro, “porque en nuestro país siempre hay que estar preparado para eso”.

—Creo que el libro fundamental de la conducta humana es el Evangelio, pero a fin de aplicar su enseñanza a la organización social, sería menester complementarlo con el manifiesto socialista de Carlos Liebknecht, que define la enseñanza evangélica en el sentido económico. Aparte de esto que es todavía un ideal, creo que el espíritu de Occidente



se caracteriza por el ordenamiento riguroso de conceptos, que se encuentra por ejemplo en Kant, y por la ciencia aplicada al aprovechamiento de las fuerzas naturales para el beneficio común.

Alfonso Reyes consideró a José Vasconcelos como el solo pensador capaz de provocar un movimiento filosófico mexicano. En ninguna página deja el autor de *Divagaciones literarias* de manifestar su fuerza, aun en aquellas de simple elegancia, de recuerdos, de visiones. Pero él:

—No diría yo que existe o que puede existir filosofía mexicana, porque la filosofía es universal y no provinciana, pero sí creo que las características especiales de la raza iberoamericana llegarán a manifestarse en un pensamiento peculiar a nuestra índole y a nuestra época. Creo, pues, en una filosofía iberoamericana en su base, pero universal en sus finalidades y conclusiones.

Señaló, al hablar del arte mexicano, las piezas de Tonalá que tiene como ornato de sus libreros. ¡Oh! los admirables alfareros, y las voces de los “corridos” que en las saudades de las tardes ponen “un nudo en la garganta”, como dice el pueblo.

—El camino del arte mexicano, como el de todo arte auténtico, es el de su propia fuerza y sinceridad. El arte es una revelación de lo divino; pero no basta poseer la inspiración, es indispensable también la técnica, es decir, una preparación larga, tenaz, un conocimiento claro de todo lo que se ha hecho antes de nosotros. El arte es improvisación; pero se necesita mucha ciencia para improvisar bien, para no caer en la extravagancia o en la puerilidad de los ignorantes.

Íbamos acercándonos a las preguntas más hondas y sin querer había que recordar a Tiresias. Para Vasconcelos la juventud está llena de promesas, y me puso el ejemplo de Mariscal, un indio, autor del formidable “Allegro” oído por él días antes.

—No hay otra forma respetable de gobierno que la democrática socialista; con todos sus inconvenientes, es la única que puede aceptar un hombre digno; la tiranía, aun fundada en el supuesto fracaso de la democracia, es una infamia

digna de serviles natos o de bribones. La democracia es mala, pero las otras formas de gobierno son peores.

No hay un solo hombre iberoamericano que deje de pensar en el futuro de sus naciones. Es que al norte hay una inmensa sombra de águila. Y que anhelamos la persistencia de nuestro espíritu. Los directores —Vasconcelos uno de ellos— están obligados a manifestar su pensamiento.

—Si nuestros países perduran llegarán a unirse y constituirán la gran patria hispanoamericana. El patriotismo nacional en que ahora vivimos es simplemente ridículo. El sentimiento de raza tiene algún fundamento en una especie de intuición mística que tiende a realizar una expresión peculiar de vida; pero lo único realmente noble es el universalismo.

¿Y la humanidad? ¿Qué veremos? Hay quien sienta ya los signos del Apocalipsis:

—Siempre que se trata de investigar el porvenir tiene uno que contestarse con las palabras de Juliano el Apóstata en el drama de Ibsen: “Los signos son contrarios.” En Europa no se ve sino el triunfo de la reacción. Rusia está deshonrada por una dictadura de espionaje y brutalidad sin precedente. En Estados Unidos no hay libertad ni para beber un vaso de cerveza, y en los principales países de la América Latina hay libertad y hasta libertinaje de expresión, pero mandan y siguen mandando los terratenientes. El problema agrario degenera en tonterías sobre ejidos, pero no llega a cristalizar en una ley de impuesto progresivo; la libertad mezquina impide la administración, y en general, por todas partes nos rodea el fracaso. De todos los grupos actualmente organizados en el mundo, quizás los laboristas ingleses ofrecen mayores esperanzas, porque luchan por resolver el problema económico sin caer en el crimen de la dictadura.

En fin. ¿Llegaremos? En *Prometeo vencedor* parece anunciarse la era estética. Pero he aquí que debe ser también la era del bien:

—Creo que el desarrollo del espíritu humano llegará a hacer predominar el sentimiento de la belleza sobre los demás, siempre que no se busque en la degeneración y el vicio,

como a veces lo hacen algunos artistas, sino hallándola, como los místicos, en la expresión más alta del espíritu divino.

El fin. Durante media hora hemos olvidado, él y yo, todas nuestras miserias, nuestras preocupaciones.



## GABRIELA MISTRAL

**H**abla cerrando los ojos, como para ver en su interior el nacimiento de cada palabra, y al medio o al fin de una frase los abre mirándonos con ese mirar de las mujeres acostumbradas a las profundidades. Los había imaginado oscuros, como los de nuestros indios, y los encuentro azules; había imaginado más morena, y así de alta y erguida. Tiene una actitud al hablar, que hace que su rostro sea velado por una de las manos, manos grandes, fuertes, tal como si se apoyara en ella, con ese peso de las ideas que nos atormentan.

La hemos esperado en este recibidor que tiene el tic-tac acorde del reloj que en él palpita. Conocimos que llegaba, por sus pasos lentos y firmes. Ése es el sombrero negro con que la encuentro en todas partes, y me parece reconocer el traje sastre, el peinado, la mirada quieta y luminosa. A instantes, las pupilas fingen un reposo definitivo, como si ya ningún viento fuese capaz de turbarlas.

Al llegar:

—¿Quién es Ortega?

Por las altas vidrieras se asoma un día sin sol. Los rumores de la ciudad virreinal se pierden en la distancia. Sólo nos llegan los toques de las campanas persistiendo en llamar a misa. Mientras Gabriela se despoja del sombrero, de la capa:

—Lo había creído a usted de más edad, por la lectura de sus entrevistas. Perdóneme que lo haya hecho esperar. Siéntese.

Ella ocupa la silla de junto al escritorio de Palma Guillén, en este rincón desde el cual se percibe un hondo y lejano palpar. La visión reciente de las ruinas de Mitla aún conmueve a la poetisa:

—¿Usted conoce Mitla? Procure ver aquello, Ortega. Es algo distinto de lo de San Juan Teotihuacán: arte, sin nin-

guna otra trascendencia. Esas construcciones sólo tienen un objeto, y cumplen admirablemente con él, porque su carácter no es religioso.

Trató en seguida la educación normal, con esa seguridad de las personas capaces de encauzar, según sus deseos, cualquier plática. Era hablando de Palma Guillén, una de las profesoras universitarias más ilustradas de México, a quien los normalistas no se refieren "sino para darle un rasguño".

—Así son los normalistas en todo el mundo: creen estar preparados por esa ilusión de ciencia que les infunden, por ese barniz que sólo les capacita para impartir la instrucción primaria. En Chile se exigen catorce años de estudios para dar clases en los liceos, que corresponden a la Preparatoria.

Nos relata sus días de Liceo, con una resignación que encuentro un tanto amarga.

—Es —nos dice— que una cree haber perdido un día, cuando en realidad ha perdido la vida. Esta visión se tiene de repente, cuando menos se la espera. Pedro Prado llegó a aconsejarme:

—Gabriela, hágase fama de ogresa, para que la gente no la moleste.

Y sí, una debe mostrarse huraña, para que las visitas no sean muy impertinentes. Yo tengo cuatro prefectos y un secretario, encargados de atenderlas en las minucias, pero no quedan conformes, porque hay muchas que van por ver a una como se ve un animal amaestrado en una feria.

Si Díaz Mirón da cátedras, me explico lo que usted refiere. Después de trabajar de ocho de la mañana a seis de la tarde, imagínese cómo quedará el cuerpo, cómo el espíritu anhelará reposo. Yo tengo hora y media de tranvía para llegar a mi casa, en el campo, abandonada en manos de una sirvienta. Sólo queda tiempo para revisar las lecciones de una pequeña que vive conmigo; y en una breve hora debo leer las revistas, las obras nuevas, todo lo que envían. Ante la imposibilidad de hacerlo todo, una vez que, realmente, se ha perdido la vida. . .

Le hablo del mar, de la noche del campo, en la que uno se siente tan solo como si fuera el único que existiera en el mundo, y mis palabras me ayudan a comprender la soledad



dolorosa de la mujer que escribió “El ruego”, inclinada atentamente, más que sobre las páginas de los libros, hacia el camino que debió dar paso al que había de venir, y que ya no vendrá. Y es como si pesara sobre nosotros ese silencio lunar o esa angustia que se recoge oyendo un “corrido” que sube en las serranías, cantado por las voces desparramadas de los indios.

—Sí, es una soledad que turba. A mí el mar me inquieta, no me deja tranquila, Ortega. El campo da fuerzas, renueva. Al otro día se puede retornar al trabajo. Nunca he hecho vida social, y creo que los maestros no debemos hacerla. La prueba es que en Santiago tengo un reducidísimo círculo de amigos, y como en México deseo dejar una obra de lectura para mi escuela, estoy refugiada en San Ángel. En la ciudad no hubiese hecho nada y, además, la mitad de mi tiempo la paso en los Estados.

De sus visitas a las ciudades de provincia, asegura prefirió Puebla y haber visto a Guadalajara con esos “ojos empañados por ver hacia el interior”. Era que pasó por ella en un doloroso estado de ánimo, cuando los temblores en Chile y que la prensa dijo habían sido destruidas tres provincias, y en una de ellas reside la madre de la poetisa.

—Me marché a Chapala, y estuve ahí tranquila. Escribí cincuenta comentarios sobre la vida de San Francisco de Asís. Tiene usted razón, es una vida fortificante, y, sobre todo, que va muy bien con el medio. Observé cosas curiosas, sobre todo en los indios, que tienen una penetración y una ironía poco comunes. Hacían comentarios notables a las noticias diarias, reunidos junto a uno de ellos, que se encargaba de leer. Su ironía la encuentro natural; el que sufre debe buscar un equilibrio, aun cuando es poco cristiano burlarse del semejante. Al único que en México no le he oído hacer ironías es a Vasconcelos, y esto por su indudable fondo religioso, que lo tiene sin ser católico.

Habla lentamente, con una claridad que me deja sorprendido, turbado. Su voz tiene un temblor invisible para los que no han leído en sus ojos, esos ojos que vieran caer la lluvia como de un cielo “exprimido de dolores”. La imagino en su lejano Liceo, siguiendo las miradas de los alum-

nos, afanándose sobre las pequeñas tragedias de los que la importunan sin darle nada de lo suyo porque nada llevan. Una mujer así tiene que volverse hosca, para defender sus días que siente se le escapan como agua que corre pasando por el cuenco de las manos, estas sus manos que encuentro grandes, capaces de sostener en las caídas más hondas, con delicadeza infinita.

—Una no sabe —dice, con los ojos cerrados— cuándo se encuentra alguien con quien cambiar ideas, impresiones, siempre favorables a nuestro espíritu. Entre tantos que llegan, es imposible distinguir al que tiene algo nuevo, interesante, que decirnos: no hay tiempo de detenerse, de estudiar.

En momentos quedamos callados, en un mutismo que dijérase llega también a los objetos que nos rodean, que nos miran con ese mirar múltiple de las cosas que hemos animado. Se pierde el tic-tac del reloj. Vagamente, la campana sigue llamando a misa, pasando sobre la altitud de las casas para llegar a estas vidrieras.

—Déjese de entrevistas conmigo y búsqieme a mi regreso de Pachuca. Yo le agradeceré entonces que en su revista publiquen lo que últimamente me han enviado mis compatriotas, para que la poesía chilena se conozca por completo. En México creen que lo mejor que tiene Chile soy yo, y esto no es cierto. Lo que pasa es que ellos se encierran, se guardan. Figuras literarias las hay muy importantes, como las de Pedro Prado, Cruchaga San Martín y otros. No me seduce la publicidad, ¿no cree que para una mujer es ridículo eso?

Para acallar mis protestas, me refiere el caso de una periodista de La Habana, que se dedicó a seguirla cuatro días y al quinto le publicó una entrevista maligna, interpretando los gestos, las miradas, los ademanes. Y para Gabriela Mistral, que no habla mal de nadie, que es triste, con tristeza cercana a la de nuestros indios hasta por la actitud, eso debe haberla dejado sorprendida, aplanada.

—Le daré cosas inéditas de todos ellos, para que usted se forme un juicio de lo que es la poesía moderna en Chile. De mí no tengo que decirle nada; al menos, nada periodístico.

Como insistiera:

—No. Prefiero que hable de ellos. Sabe, Ruiz Huidobro

desde hace cuatro años está en París, porque entre nosotros no encontró ambiente. Es un muchacho millonario, que lleva buena vida, estudia, trabaja. Hace poco recibí un envío de él.

Posa. Al fotógrafo:

—Bueno, hágame una fotografía con Ortega. Y no nos tenga mucho tiempo...

Ante los augurios que hace sobre mí, ante los elogios, termina:

—Su carrera la hará muy pronto. Las solteronas tenemos algo de profetisas, por eso siempre ando diciendo que Cassandra, si no lo era, debe haber ido para ello.

Despidiéndose:

—Le avisan a la Palmita que regreso. ¿Ustedes por dónde se van?

Una mano dulce, acostumbrada a tratar a los niños. Una mirada honda, reflexiva, atenta. Una mirada de quietud definitiva, que asoma con melancolía turbadora. Unos labios con hondo pliegue de amargura.



## DIEGO RIVERA

Diego tiene el habla precisa y justa, como pintor acostumbrado a pintar después de la experiencia cubista. Nada de pinceladas excesivas, ni de frases estorbosas. Lo preciso. Sólo lo preciso. Así, al referirse a Berta Singerman, da netamente sus impresiones:

—Se explica que las mecanógrafas se interesen por el arte de esa recitadora, porque han ido perdiendo el sentido estético y son de un mal gusto absolutamente burgués.

Cuando Diego relaciona una cosa con las mecanógrafas, es que no la encuentra digna de consideración. Alguna vez declaró sobre las pinturas que iban a decorar o que decoran el despacho de José Vasconcelos, que sólo podían “emocionar a las mecanógrafas”. Y da a la última palabra un cierto sentido despectivo y sarcástico, como a ninguna otra.

—Vasconcelos es de los hombres que en Francia llaman “unanimistas”, y por ello ve en la Singerman la renovadora del espectáculo al aire libre y la cree capaz de despertar el sentimiento de belleza en las multitudes. Todo tiene, es verdad, un principio; pero se necesita algo más fuerte, más elevado: Berta sólo es una mala actriz como cualquiera otra.

Simple, primitivo es Diego M. Rivera. Con esa simplicidad clásica que se alcanza a través de todas las complicaciones, complicada ella misma. Su casa, de ambiente austero, tiene verdadero refinamiento: en la colocación de los cuadros, de los muebles, de los libros. Refinada y cómoda. Y es con esa certera sencillez como juzga a los hombres y condensa sus juicios casi bárbaros, de tan claros. Ya al tratar de las imitadoras de salón de la Singerman, “que descomponen todas las reuniones”, ya recordando. . .

Le narro mi visita al “Museo de Mediocridades” en que ha terminado San Pedro y San Pablo, y las impresiones del



fresco que tiene un poco de Maeztu, otro poco de Diego M. Rivera y un nada de Roberto Montenegro, además de una carencia absoluta de ideas sobre lo que es la decoración mural.

—¿Es cierto lo que me dice? ¡Bien! No; no he ido, a pesar de la invitación de Roberto. Tengo miedo de meterme allí después de haber visto lo del Doctor Atl, lo primero en pintura que en México me causó impresión de desagrado.

Sacude en la silla su terrible y benévolo aspecto de paquidermo incansable. No sé si los paquidermos tienen ojos grandes, pero Diego sí los tiene, para abarcar toda la belleza del mundo y transfundirla en el misterio de los colores. Porque nadie como Diego para palpar con manos mortales y dejar en la tela la vibración acorde de la suya, según la tesis pitagórica.

Recordando los cuadros de su primer viaje a Europa —“La casa sobre el puente”, etcétera—, todos llenos de luz, los desconoce por completo, está por avergonzarse de ellos. Concede que tenía cierta habilidad en el manejo de los pinceles y en el dibujo de las figuras, nada más.

Al estudiar la espiritualidad de Vasconcelos, ahonda y entrega, al final de su paseo, observaciones desconcertantes.

—Vasconcelos contestó con inteligencia la pregunta que le hicieran sobre los pintores mexicanos. Como Ministro, no podía tener preferencias, y está en su papel al darnos trabajo a todos. Y, realmente, no le dice nada el color: le seducen más la música, la poesía.

Diego pertenece a la extrema izquierda de México, y hubo noches en que quiso salir por esos campos de Dios a iniciar la Revolución Social. No se considera sino obrero, igual a los que están en los talleres mecánicos, a los que tejen en los telares, tal como un maestro albañil.

Rojo. Afirma sonriente que sus únicos amigos están en Rusia, y que éste es el único país en que se puede vivir con decencia. En París usaba la *furajka* y las pieles, como si estuviese en la estepa invernal.

—No me extraña ese juicio. Vasconcelos, aunque trabaja mucho, lleva una vida intensamente subjetiva. Es de una absoluta buena fe y está influido por sus complejos estudios orien-



talistas. Declara admirar a los que “están limpios de sangre y de lucro”, y el Gandhi es un agente inglés comisionado para perpetuar la dominación extranjera en la India. Tagore es un comerciante vulgar y dominador social de su país. . .

Ésta es la defensa de Rusia. Una vez, en los días en que decoraba el Anfiteatro, dijo, ante la estupefacción de dos o tres preparatorianos, que “el arte es para el proletariado”. Íntegro, porque es el único que, siguiendo el precepto bíblico, gana su existencia.

En sus frescos iniciales —“Los mineros”, “Los tejedores”, etcétera—, del Ministerio de Educación Pública, inscribió versos libertarios que después se borraron, mas están en una botella, dentro del muro, para “cuando llegue el día”.

—Esto no es sino que se inicia la Revolución Social, preparada por toda una labor tenaz. Yo quise ir a Guanajuato, con los mineros, con los campesinos, gentes puras y desinteresadas.

La evolución constante de su arte, la manifiesta el siguiente detalle: los dos primeros frescos del Ministerio va a rasparlos, ya que no son sino ensayos de un “nuevo procedimiento que todavía no dominaba”. Trabaja al mismo tiempo en Chapingo y en el Ministerio, de día y de noche, con el objeto de terminar cuanto antes.

—Esto —señalando un tabor de Amado Galván— causaría sensación en París, en Berlín, en cualquiera parte en que se exhibiese con inteligencia. Pero antes que hacerlo, y sostener a los maestros misioneros, y fomentar la campaña contra el analfabetismo, van a dar impulso a las oficinas, como si fuera únicamente éste el papel de un Gobierno.

Sigue cruel con las empleadas de Educación Pública, útiles para el gineceo. Con todas las empleadas.

—Primero es enseñar a leer al pueblo, que tiene una tendencia admirable. Y cuando se es joven, se está cerca del pueblo: tal es el caso de los estudiantes de Preparatoria que respetaron las pinturas de Cahero, de Revueltas, de Charlot, y sintieron lastimados sus ojos por lo del Doctor Atl. Esto indica que todavía no se han corrompido, aburguesado.

Esta mañana es una mañana gomosa, de tan invernal. Desde la azotea de la casa minúscula, desciframos la cábala de los campanarios y los cielos.



## ALFONSO REYES

*A Xavier Villaurrutia*

**L**A NOCHE.—Cruzamos, Eduardo Villaseñor y yo, de una estación a otra. Desde el fondo del automóvil, la noche se nos aparecía como todas las de nuestro Valle: ciudad diáfana, torres aéreas sobre el cielo sin nubes.

Esperamos, a un lado. Vanamente pretendían algunos adelantar los horarios. Otros escrutaban más allá de la sombra, para ver antes que nadie la luz que se adelantaba. Alfonso Reyes apareció en la plataforma del carro, sonriente. Se detuvo un momento, para que una placa guardase, casi para la eternidad, su actitud de viajero.

Es de pequeña estatura, movable, alegre; según su propia expresión, “un poco ardilla”. Lo rodearon. Imposible decirle en medio de los ministros, de los escritores, de los diplomáticos, de los familiares, es decir, repetirle el epígrafe de *Visión de Anáhuac*: “Viajero, has llegado a la región más transparente del aire.”

De la noche, persistió en nosotros, sin conocerlo de antes, la alegría de los que lo tenían de nuevo con ellos. También las palabras jubilosas de las bellas muchachas. Está, al estar con ellos, un poco con nosotros. Debemos sentirnos felices. Al amanecer lo despertarán, como en otros días, las campanas de su juventud preparatoriana.

LA TARDE.—Habla como en una oscilación de las palabras, para decidirse por una: la esencial, la justa. No desborda, porque, como luego había de decirme, “la emoción es algo sagrado que se saluda de lejos, que sólo debe iniciarse en un leve palpitir del corazón”. Escuchando, parece que se atiende a sí mismo.

Frente a la tarde, habla:

—¿Y qué querían que hiciera, abandonado en París con mujer e hijo? La única solución era el trabajar en Madrid, porque ni aún podía alistarme de soldado: si fuese solo, bien; pero somos tres. La prensa española me acogió cordialmente, y de mi labor en ella he vivido años enteros. A los que no me conocieron, a los que dudan de mí, voy a demostrarles que soy mexicano en todos los aspectos.

Por esos once años de ausencia se le creyó desvinculado, como si hubiese perdido lo que deja en cada espíritu un medio, una tierra. Esta tierra áspera sobre la que se levantan “los «órganos» paralelos, unidos como las cañas de una flauta, y útiles para señalar la linde”, los “discos de nopal”, todo lo que él boceta en una página, y que, en la lejanía, da la más pura y austera visión del Valle.

—¿No pregunta usted nada? ¡Oh! ¿y qué quiere usted que le diga? Me siento tan dichoso del regreso a México, que pienso tener una pesadilla agradable; y temo que siguiendo al exceso de felicidad, venga la desdicha. Esta idea es, más que católica, pagana: la de enojar a los dioses. Y yo me pregunto, inquieto, a qué dios estaré disgustando con mi dicha.

Acciona con la pipa que le conocemos de los retratos de playa. No tiene el bigote kaiserino de las fotografías de 1917. Así, con su voz más clara, narra la despedida:

—Sería injusto negar que un medio intelectual tan intenso como el español no hubiese tenido influencia sobre mí; es más, no sería humano. Pero he conservado lo de los míos, a través de toda mi obra. No me faltaron deseos de volver, pero quise hacerlo cuando me llamasen, por sentirme más dichoso. De los amigos de allá recibí un homenaje, al salir, impresionante y grato; aquí no se ignora quiénes son mis amigos.

No logra la ceniza de la tarde penetrarle por los ojos. Desde los balcones, se adivina de más allá el ondular de los árboles limitados. Y es entonces cuando expresa su fe y su esperanza, porque como México vivió aislado durante cierto tiempo, cree asistir a la formación del verdadero espíritu nacional.

—¿Y la literatura?

No pierde la sonrisa, la movilidad. Como la sala es corta para ir por ella, es la mirada la que va lejos.

—La encuentro con un movimiento hondo y perseverante, pero dentro de él son de temer dos cosas, que es cierto no han aparecido, pero que pueden presentarse. Una es el que se confunda la literatura nacional con la nacionalista; esto no significa que niegue el valor estético del regionalismo, pero tampoco una literatura debe encerrarse en él. Es lo otro, ese cierto miedo que se nota en los jóvenes por el conocimiento de las literaturas extranjeras.

Una pausa. Le explico, a mi manera, las razones de los que rehusan el estudio de los extranjeros.

Arguye, vehemente:

—Pero es que el escritor moderno debe ser esencialmente culto, como lo son los más grandes de Europa, que tuve el honor de conocer y tratar. El poeta tiene muy otros matices que el crítico y lo que recibe lo transforma, no en fríos comentarios, sino en obra viviente y armoniosa. D'Annunzio. . .

Palpitó en la luz la figura evocada del creador, del animador. Hablamos en seguida de la reacción contra los ensayistas y los críticos, estimulada por los que aconsejan a los autores de poemas en prosa que se dediquen a la zapatería (Carlos González Peña); y los que califican despectivamente de estériles a los críticos (Salvador Díaz Mirón).

—No se extrañe —comenta con lento ademán—, Carlos es un escritor producido por el naturalismo, que sólo simpatiza con las obras totales, tal como las exige su estética. De Díaz Mirón, aparte del respeto que merece su labor poética, me atrevo a decir que no es un maestro en el sentido de que enseñe. Y para criticar a los críticos, se necesita serlo. Como estamos dentro de un intenso movimiento, se justifica la reacción, porque antes de cada uno de ellos hay un exagerado examen de formas y de valores.

De la ciudad, toda bajo la lluvia, nos llegaban rumores apresurados, voces heladas. Preciso era decirle que este Anáhuac suyo le esperaba, sin cambiar, fielmente. Todavía, como en tiempos de Moctezuma, como en la Colonia, estamos lu-



chando “por domeñar nuestra naturaleza brava y fragosa”, que en ocasiones está dentro de nosotros mismos.

—Aún no la veo bien. Lo de anoche no cuenta, porque pasé por ella como un relámpago y no sabría decirle cómo la encuentro; la he visto subjetivamente, buscando los sitios que me eran gratos, que tienen algún recuerdo. Lo demás vendrá después, cuando me quite de los ojos este deslumbraimiento.

Accionó, como para quitarse luz de sobre los párpados.

LA LLUVIA.—Mientras afuera caía la lluvia menuda e indecisa, fueron llegando a la casa familiar los amigos de la tierra, a los que él dijo a través de los vientos marinos: “Conservaos unidos. Sacad razones de amistad de vuestras diferencias como de vuestras semejanzas. Mañana caeremos en los brazos del tiempo. Opongamos, a la fuerza oscura, la muralla igual de voluntades.”

Éstos son algunos, lo sospecho, de los que lo acompañaron en los corredores de la Preparatoria, hoy transformada por los “frescos” murales y los gritos sindicalistas de los nuevos estudiantes. Pero alguna noche la luna será sobre los patios como era entonces.

Confiesa:

—Sí, es cierto, domino mis emociones, las velo. Si me dicen que una madre perdió a su hijo, siento la desgracia; pero si la describen en una mediana prosa, sólo puedo hacer un comentario: qué mal escribe este señor. Odio y desprecio los chantajes sentimentales.

Lo gris de la lluvia trajo al recuerdo ciertas páginas de Azorín. Pregunté por él, teniendo presente la lectura de Ventura García Calderón que lo ofrece encerrado y casi vencido.

—Los jóvenes están atacándolo, porque ha sido últimamente un crítico muy complaciente. Yo hubiese querido decirles a mis amigos, que lo son todos ellos, que debían haberle significado su descontento en otra forma, porque Azorín es, al fin y al cabo, un gran maestro. Lo que usted menciona de García Calderón está en *La verbena de Madrid*; pero no olvide que el peruano es más poeta que crítico, prueba de ello es que no puede contener sus pasiones.

Regresamos, por este camino, a lo de España, a lo que él



ha dejado. Enumera las tendencias estéticas, para terminar en el ultraísmo.

—El ultraísmo no fue sino un afán de renovación, que iba contra el modernismo. Reflejo de todo lo que usted sabe había en Europa: cubismo, futurismo, etcétera. Como todas las revoluciones, tiene partes buenas y malas, porque nada es perfecto. En México el estridentismo está justificado, y si hemos de mencionar lo malo, lo tiene usted en esa pedantería que lucha por asustar al burgués y al académico. He visto con simpatía todo esto, pero no siento necesidad de renovar mi estética, de cambiar la que hoy empleo y que me basta para expresar lo que quiero decir.

Define después su actitud respecto a la naturaleza, al libro. Considera que éste forma parte de aquélla, y que hay que ir a la vida con voluntad de aprender, porque de lo contrario se produce literatura insustancial, por carecer de disciplina.

—La preparación nos hace conocer aquello con que vamos a trabajar. Pasando a la literatura mexicana, quisiera en ella más teatro y novela, porque hasta hoy hemos tenido las alas de la lírica y ese género intermedio, que no sé cómo llamar, y que es ensayo, poema en prosa. Note usted que la novela y el teatro como que dan carácter a una literatura, aunque por ello no es posible decir que exista la mexicana, que no ha dado frutos inconfundibles para decir que aquí principia lo nuestro y allá lo de los otros.

Le cuento lo que los compañeros piensan hacer, lo que han meditado a la sombra de los corredores escolares en que se hablara de él, de Alfonso Reyes, ya negando, ya afirmando su mexicanismo. Él, confiando un poco:

—Yo también tengo ideada una novela mexicana, no precisamente de la revolución, pero que la tocará en algunos puntos. Espero adquirir la documentación necesaria para ella. . . mas no sigamos hablando de esto, porque soy supersticioso.

Ante mi gesto de asombro y desconcierto:

—Sí, por la experiencia de las tertulias. ¡He visto a tantos amigos míos gastarse en las conversaciones, y no producir nada después! Es preferible ocultarlo un poco, resguardarlo.

Habla, con absoluta fidelidad, de Pedro Henríquez Ureña, de José Vasconcelos. La crítica o comentario sobre Daniel Cosío Villegas no llegó a iniciarse, así como la defensa del ensayo, del poema en prosa.

—Pedro le comunica a usted una inquietud, un temblor. Se separa uno de él con el propósito de hacer algo, y algo digno.

Desmintió ciertas declaraciones en que se le hace hablar de Unamuno, de Maeztu, de Grandmontagne. Evitó, buen piloto, los escollos de la política, apenas sugeridos.

—¿Y del cine?

—Volveré a escribir según lo que dé, porque el cine es una magnífica promesa nunca cumplida. ¡Todo lo que se puede hacer con él! Ya he dicho que tiene un elemento más de ironía...

Sonreímos. A mí no se me iba de la memoria su respuesta dada al pedirle que dispensara la insistencia con que lo buscaba: ¡Si fuera para darme una puñalada!

Sobre la lluvia se recortaban Genaro Estrada y el férreo señor don Artemio de Valle-Arizpe, en espera. Alfonso Reyes iba, momento a momento, a pedirles treguas. Dentro de un mes, dentro de dos, se irá, para volver. En tanto, es preciso darle saluciones limpias, porque está vivaz y alegre bajo el cielo del Valle.

## VARGAS VILA

Salía de la estación rodeado de admiradores. Es de pequeña estatura, un poco grueso; de mirada, gestos y hablar que quieren ser olímpicos. Voz despectiva y seca. Al editor Gerardo Sisniega, que se ofrecía para acompañarlo, le contestó brevemente;...

—Gracias. Mi secretario es el encargado de estos asuntos.

Puso cara hosca para defenderse de los que lo asediaban. Mientras iba hacia el automóvil, una voz suelta gritó entre la lluvia:

—¡Viva Vargas Vila!

Respondieron tres, cuatro voces. Parecía que llegaba un líder político o un mal novillero. Vargas Vila saludó brevemente, sin detenerse. Camina apresurándose, haciendo como que quiere huir de la gente. Alega que no debe ser turbada su soledad. Aquí, en México, precisamente hemos aprendido a ser solitarios y no buscar a nadie, pero al mismo tiempo a no rechazar a los que se nos acercan. Tenemos siempre un saludo y una sonrisa amable.

Al quedarme solo, me interrogué: ¿es éste el hombre que, según sus admiradores, tiene espiritualmente la altura del Ande?

Ningún intelectual acudió a saludarlo. Se sabe, de hace tiempo, todo lo que va a decirnos.

Recibe al medio de la tarde, no antes, porque descansa después de la comida. Al presentarse uno, se levanta, tiende una diestra seca, invita a tomar asiento, repite:

—¡Piérdanme el miedo!

Al oírlo, pensé que el señor Vargas Vila se toma por un Zeus Fulminador.

Al hablar el tono de su voz es monótono, pardo, gris. En

la tribuna, será incapaz de conmover multitudes. Accede a retratarse, como concediendo una merced.

—No puedo negarme, porque antes he permitido lo mismo a otros fotógrafos.

Desde la sala, veíamos la estatua de Colón, arropada en la lluvia. Alguien —mejor no nombrarlo—, recordando declaraciones recientes del panfletario, lo halagó:

—Señor, ahí está su colega.

Con tono sumiso y devoto, con actitud sumisa y devota. Vargas Vila sonrió, para responder:

—¡Somos los dos monumentos!

Afirmaciones como ésta las he oído innumerables ocasiones, más bellas. Habla, es él quien habla, y permite bondadosamente que los demás escuchen. Al terminar el maestro —de ellos— una frase, hacen signos de aprobación, de admiración. El aspecto de abad de Vargas Vila no corresponde a lo que dice: viste irreprochablemente, calza a la última moda, sin descuidar un solo detalle. En la mano izquierda lleva un inmenso anillo.

Hace la crítica de la entrevista. En una pausa, descuelgo una pregunta:

—¿Cómo encontró usted a Díaz Mirón?

Al hablar, permanece inmóvil, las manos cruzadas. No acciona, no gesticula. Quizás para dar impresión marmórea, de estatua.

—Admirable, como siempre. Fuerte y digno. Díaz Mirón es en la poesía casi lo que yo en la prosa, un caso único que no tiene antecedentes ni tendrá sucesores. De obra perfecta, inmortal.

Lo compara con Hugo. Después, al querer situarlo dentro de la literatura mexicana, se confunde lamentablemente. No sabe si es anterior o posterior a Nervo y Urbina. Alguien acude en su auxilio. Y continúa:

—Vengo a México a enfocar, a mi manera, el estado espiritual, político e intelectual. Pero no me acercaré a los escritores para que luego no se me acuse de violar amistades, y vayan diciendo que hablo mal de ellos después de aceptarles un banquete. Compraré libros, y usted me verá agotar los de los autores mexicanos que desconozco.



Se obsesiona con esto y con su "LÍNEA RECTA". Insiste sobre ello veinte, treinta veces. Cuenta que Valle Inclán repetía incesantemente el índice de *Rosas de la tarde*, afirmando:

—Esto es poesía — y aconsejando a Vargas Vila que escribiera versos.

—Yo le dije —prosigue con esa voz gris, parda, monótona— que de hacerlos serían los más malos de América después de los de Bobadilla. Acabo de saber que Valle Inclán está gravísimo, y lo siento, porque es el único prosista de España desde el siglo XVIII. Fíjese bien en lo que digo: es un portentoso estilista y no un pensador. España no tiene uno solo.

Llueve, y el cielo se divierte jugando con los relámpagos. El tono igual de Vargas Vila continúa:

—Cuando inquirió Valle Inclán si escribía yo en castellano, le contesté: "¡No! En Vargas Vila." Y es cierto, violo la gramática, las leyes todas del lenguaje. Y él se fue diciendo: "¡Jesús! ¡Jesús!" Sus ideas no las discutimos, son otra cosa, pero no cabe duda que es el primer prosista en español.

(Esperé que dijese: Después de Vargas Vila.)

Habla mal de la Argentina, en la que, según él, sólo existe el culto del vientre y del músculo, y por ello las dos grandes glorias son Lugones y Firpo.

—En cambio, Montevideo es maravilloso. Es cierto que han ido más lejos de mis ideas, pero no por eso dejo de reconocerlo. Todas las grandes intelectualidades están encaminadas hacia la política, y por eso la literatura no tiene el desarrollo que debiera gozar. Cuando el Ágora está llena, los jardines de Academos quedan vacíos.

Concluyó:

—Es un país único. Buenos Aires, lleno como está de diarios, no tiene un solo diarista, porque llegan a él un sueco, dos suecos, tres suecos, se unen, e inmediatamente fundan un periódico. Todo lo que no sirve va a caer en el periodismo.

Brasil es distinto. En esa república leen mucho y tienen una sensibilidad finísima, porque todo tiende al arte como único fin.

¿Chile? No, no lo visité; no estaba en mi ruta.

Habla, es él quien habla. Abandona los temas sociales y dice de Juana de Ibarbourou:

—Sería para mí el más alto de los poetas del Continente, si no viviese Díaz Mirón. Y toda una mujer. Como yo le dijera en una reunión que había quien hubiese sacrificado a su esposo un amante, riquezas o cualquiera otra satisfacción, pero no una gloria, contestó con una frase portentosa: "No es a él a quien se la sacrifico, sino a mi hijo." Y al decirlo señalaba a un niño de cinco o seis años.

No necesita de tomar alientos, es inagotable. Escuchándolo, se explica uno que pueda llenar cuarenta páginas de *Némesis*, él solo. No calla nada de lo que se le ocurre:

—Bella, sí, la Ibarbourou es bella. Y como los que la visitaban no todos iban con intenciones intelectuales, el marido le prohibió recibir a nadie, y aun escribir versos. Y su verdadero apellido no es Ibarbourou, sino Rodríguez. Y ahí tiene usted el ridículo de Unamuno, apoyándose en él para encontrarle raíces en España, y hablando de escritores vascos que lo habían llevado. Ibarbourou es el esposo.

Entonces sigue con Unamuno, con los escritores españoles. La voz igualmente seca y monótona, sin inflexiones, sin matices:

—D'Ors es un caso de conmiseración: hace esfuerzos tenaces por pensar, sin lograrlo nunca. En general, en España no existe un solo pensador. Labor la de los sindicatos obreros, que tienen instalados grandes ateneos con bibliotecas completísimas, y que pagan conferencias como ninguna otra institución. Leen a los grandes escritores literarios.

Al decir esto último, quizá sin quererlo, se señala a sí mismo con un suave movimiento de la mano.

—Son los obreros los que hacen obra, sintiendo encima al patrón avaro, a una burguesía soñolienta, una nobleza frívola y un rey que no sé cómo calificar. Imagínese lo que será el día que decidan hacer la revolución, que llegará al soviet porque es imposible que se instale la república. Lerroux, el jefe de ella, está vendido, ha descubierto caminos inéditos en el venalismo político.

Inagotable es, hay que repetirlo. Incansable:



—Europa ha caído en la barbarie. La civilización está hoy en América.

Protesto, entonces sí protesto. Porque para mí, Europa está más allá de la civilización, ha salido de ella, es cierto, pero para adelantarla. Y nuestros países de América —exceptuando Brasil y el Uruguay—, sobre todo México, están dentro de una barbarie densamente tropical.

Replica:

—Según lo que usted entienda por civilización. Pero vea, han caído en un reaccionarismo absoluto. Italia no tenía sino dos caminos: el soviet y el fascismo. Eligió el último. En España la monarquía se jugó la última carta con la dictadura militar; si pierde, es inevitable la revolución social.

Tornamos a oírle cosas de América. Como yo intentase loar a Chocano por haber domesticado a Pancho Villa:

—No diga eso, que lo único que hizo fue huir del tigre antes de que lo devorara, sin haberlo domesticado nunca. Hablar de Chocano ensucia los labios. Y si no que lo digan los que nos cotizamos, cuando el robo de la esmeralda y lo del cheque falsificado.

Interrogaron:

—¿Qué le parece a usted Gabriela Mistral?

Inmóvil, dejó fluir sus palabras:

—Tengo vaga idea de que es una especie de apostolesa, un Cristo con faldas. Pero he leído poco de ella, y no podría emitir un juicio definitivo; tengo el respeto de mis ignorancias, y ésta es una de ellas.

(El divino maestro dio ese juicio perfecto y absoluto en Colombia. Tal vez no lo recuerde.)

Teníamos que concluir por D'Annunzio. Cuando Vargas Vila habla del poeta italiano, dice: *Yo y D'Annunzio*.

—Vea si es inmortal que no ha muerto después de que le hicieron Príncipe de Montenevoso, uno de los hechos más ridículos de su vida. Resiste porque realmente es grande. . .

Recomendó:

—No le pido a usted que sea favorable a mí, pero sí que transmita fielmente mis palabras.

Tuve el orgullo de contestarle:

—Nunca nadie me ha rectificado.

Me invitó a volver. Salí. Quedé solitario y libre frente a la noche.

## ANTONIO MEDIZ BOLIO

Éstas son las impresiones recogidas en una hora de plática. La atención volvíase asidua, magnetizada. Yo traje al recuerdo las palabras de Camila Quiroga, para loar a Mediz Bolio, y el relato de sus triunfos en Buenos Aires, donde *La ola* representóse con los honores de una gran producción teatral.

La labor constante de los autores argentinos y su perfecta organización, son los ejemplos que Mediz Bolio aconseja al estudio de los escritores mexicanos, entre los que señala la juventud de Monterde y García Icazbalceta, Jiménez Rueda, De la Cueva y otros. Acaso si Rafael Pérez Taylor no estuviese dedicado a la política, sus comedias señalaran un camino para seguir.

—Pérez Taylor sólo ha escrito teatro accidentalmente, pero *Un gesto* es algo que se hubiera representado cien veces en Buenos Aires. No es perfecta, no es definitiva, pero a través de sus defectos se nota la mano hábil y conocedora.

En Jiménez Rueda ya la obra es más seria, más completa; y en De la Cueva, el teatro es del que sabe lo que escribe, lo que piensa.

Pregunto por Yucatán, y me habla de un Yucatán patriarcal y pacífico, en el que se hacen hamacas como antes del prestigio del henequén, cuando los deslumbramientos de las siete vacas gordas. Acaso la visión sea apasionada por tratarse de la tierra del poeta, y porque éste la vio después de varios años de alejamiento.

Afirma que las diferencias han desaparecido, que las gentes viven en una paz de trabajo. Las industrias regionales, la literatura y el teatro, la gracia de las mujeres. . .

Abandonamos el tema. Volvemos a lo lejano, a lo que él dejó.

—¿Lugones? No; Lugones no está en decadencia. Es falsa esa afirmación. Dijeron que había probabilidades de que le enviaran como Ministro a México, pero fueron rumores de círculos literarios, de amigos. Creo que lo recibiríamos bien, porque él tiene gran cariño por nosotros.

El apartamento está alejado y tranquilo, con una luz de mañana serena y suave. Se ha convertido de apartamento de hotel en rincón casi familiar, con los retratos de los amigos, de los familiares, de los seres admirados. González Martínez. . .

—El doctor González Martínez— continúa Mediz Bolio— ocupa una bella posición en la Argentina. Está considerado como uno de los máximos poetas de América, y él procura responder a eso, renovándose. Su próximo libro es el de otro poeta, de otro cantor. Recibimos los manifiestos estridentistas editados en México, y creemos que los jóvenes llevan la verdad, traen la nueva verdad.

El doctor los leyó con cuidado, y sonriendo me dijo que le complacía hubiesen fundado una nueva escuela, y que hacía votos por su progreso. La bondad suya ve con cariño todo lo que se hace en México, y procura leer siempre los libros de las nuevas tendencias, de los escritores principiantes. Yo creo que en ustedes está la fuerza.

Vino la conversación a la belleza de los libros de D'Annunzio y a las enseñanzas que se desprenden de ellos. Nos hemos unido en una admiración constante, una de esas admiraciones de las que hemos olvidado el origen y que están siempre en nosotros.

—Fanático en mis admiraciones, creo que nadie ha mejorado la belleza como el italiano, de los griegos hasta estos días. Recuerde usted una sola página, aquella en la que Violante abre las voces de las fuentes familiares, en *Las vírgenes de las rocas*.

La luz. La luz del Valle. Esa luz diáfana. Interrogado por *El Universal Ilustrado*, le contesto con la afirmación de nuestra juventud, de nuestro entusiasmo. En Buenos Aires es la revista mexicana más leída, por esa sed de movimiento y la cordialidad con que acoge las novedades. Para Mediz Bolio, es la mejor revista.

—Es enaltecedor el que contemos con un semanario como él. Usted no sabe, no puede saber el orgullo con que hablamos de su obra.

Y, finalizando:

—Un homenaje a Díaz Mirón se impone, pero un verdadero homenaje digno de un héroe de la belleza. El olvido nuestro ha hecho que se le olvide en el Continente, en el que recuerdan al Díaz Mirón de "Gloria". Pero *Lascas* tiene su tiempo, porque se adelantó a la época en que fue escrita. . .

Éstas son las breves impresiones recogidas en una hora. El zumo de los recuerdos, de las visiones en el viaje lento y maravilloso. El asombro de la grandeza argentina, del movimiento argentino. Del espíritu nuevo que está creándose por obra de la belleza.





## DOCTOR ATL

**E**l eco responde lejanamente a nuestras voces. Un eco grave y profundo, que llena por completo las bóvedas. La más suave palabra se agranda, se alarga. Esta pequeña sala tiene una banca, tres o cuatro sillas, dos mesas, una máquina de escribir y sobre ellos periódicos y libros. Está cubierta de azulejos de Puebla. Debe haber sido sacristía de la iglesia de San Pedro y San Pablo. Por los vitrales altísimos palpamos con la mirada que “el sol va hacia el ocaso”.

Sentado en un banco todo cubierto de pintura negra, el Doctor Atl nos ofrece un manojo de puros. Enciende uno. Y sin cansancio, sin aburrimiento, habla. Habla. Viéndolo así, un poco inclinado hacia delante, con gesto de reconcentración para cada frase, para cada pregunta, recuerdo que un pintor joven, en una entrevista célebre, lo acusó de “pensar demasiado”. Por este delito, según él, el Doctor Atl no podría nunca realizar una fuerte y perdurable obra pictórica, y menos literaria.

Replica:

—Nunca leí eso, pero el juicio es exacto. Algo más fuera del arte me ha preocupado siempre: acabo de hacer un viaje por todo el territorio del país para darme cuenta de la situación política, y preparo un libro de sensacionales revelaciones históricas: *De Agua Prieta a Algibes*, con apreciaciones sobre los hombres públicos.

El Doctor Atl enciende por segunda vez su puro recordado. Escucha. Es de corta estatura, nervioso, dinámico. Ésta su calva ya la he visto antes, exacta, en la caricatura de Covarrubias: lo único que falta al perfil es la pipa humeante.

—Doctor, ¿ha traicionado usted a su pipa?

—No; la he olvidado — responde al tiempo de sacudir la ceniza.

Nos narra entonces su última aventura: en un atardecer, atravesó a nado la bahía de Acapulco, por su parte más angosta: tres kilómetros poblados de tiburones. Llegamos en seguida al periodismo, el que, según el Doctor Atl, será lo que mejor represente nuestra vida.

Uno de mis acompañantes, desde su rincón penumbroso, habla de Villa, del "estridentismo", de las elecciones presidenciales. A cada cuestión el Doctor Atl va respondiendo ordenadamente, narra anécdotas, comenta.

—Villa imperó por el terror. Madrugaba a todos. Benton, que era un gran tirador y también un gran bandido, quiso adelantársele, y sólo encontró la muerte. Esto es doloroso, tristemente doloroso. México parece condenado a producir únicamente grandes asesinos y grandes salteadores.

¿El remedio? No, el indio no es malo. El malo es el producto del cruce entre el indio y el español; hay que desespañolizar México, limpiarlo de las lacras que nos trajeron los conquistadores. ¡Se necesita una nueva raza!

¿Imposible? ¿Por qué había de ser imposible? Tenemos cosas superiores a las que tienen los españoles, artísticamente hablando. El arte popular es inmejorable, y, caso curioso, es producto de la tiranía.

El Doctor Atl casi no acciona. Su hablar es un poco lento, muy claro. Medita cada una de sus palabras. Sus ojos vivaces no asoman.

Al reanudar la charla:

—Yo había leído varias cosas estridentistas, pero cuando recibí *Ultra*, ese periódico de Madrid que se hace en tres pedazos, encontré lo de Maples Arce superficial, poco meditado; en ocasiones, casi dijérase que copia a los otros.

En una, en dos frases, da su visión de las personas, de las obras, de los lienzos. Lo que dijera de los políticos mexicanos es de imposible reproducción. Nos hace sonreír con sus elogios a Nahuí Olin.

—Va a publicar unas páginas formidables, en francés. Entonces no dirán que yo lo he escrito por ella, que la he influido.

—Es el amor. Por ahí se dice que usted y ella se iban a matar.

¿El amor? ¿Quién de nosotros es el que ha hecho la pregunta? El Doctor Atl no se sorprende. Apenas si enrojece un poco, como los colegiales primerizos.

—Sí, es cierto. Que ella me mate a mí, lo creo. ¡Es capaz de todo! A los ocho años, en un colegio de monjas, le dieron a leer a Voltaire. ¡Escribió sobre esa lectura un comentario extraordinario!

Inicia una explicación de lo que él espera todavía de la vida:

—Jamás he conseguido algo de lo que deseo. ¿Qué es ello? Una organización social distinta de todas las demás.

—¿Como en Rusia?

—No, no soy comunista. Rusia es el más grande fracaso histórico, que cuesta el sacrificio de 12 millones de hombres. Alejandro II es el único que hizo algo verdaderamente loable: repartir tierras de la Corona a los campesinos. En la actualidad, Rusia es un cementerio gobernado por judíos enemigos del pueblo.

Yo conocí a Trotsky en Nueva York. Me dio la impresión de un individuo que renegaba de los capitalistas, porque él no lo era. En cuanto llegó al poder, formó el más grande ejército de Europa, él, que siempre había renegado del militarismo.

En París principiamos nuestras labores en pro de la "Evolucayana". Recibimos inmediatamente donativos numerosos y sugerencias muy interesantes. El gobierno argentino nos cedía terreno en las afueras de Buenos Aires. Eso, es por lo que lucharé pronto: una ciudad ideal, en la que todos los que tengan algo que inventar en bien de la humanidad, se dediquen a hacerlo.

El Doctor Atl enciende otro puro. Calla. Espera.

—Sí, el progreso mecánico dará mayor suma de felicidad a los hombres. Les pondré dos ejemplos, uno moderno y otro antiguo: Estados Unidos y Toscana.

La verba incandescente relata sus visitas a los dos países. Los compara. Los estudia. Una palabra justa abre para nosotros nuevos horizontes. O injusta.

El banco se mece rítmicamente. Uno. Dos. Tres. El Doctor Atl apoya los codos en las rodillas. Se inclina un poco.

Habla. De Juan Ramón Jiménez, que niega la existencia del arte popular. De pintura. De escultura. De historia. Pasa de un tema a otro, simple, sencillamente.

—Prefiero escribir a pintar. La literatura da una impresión total de vida, palpita. La pintura no lo consigue. En este sentido, admiro la Capilla Sixtina. Pero, de todos modos, eso no es sino un comentario a algo ya hecho.

Revuelve cuartillas. Libros. Nos ofrece esperarnos en el Convento de la Merced.

—Ahí, todo lo que está de la azotea para arriba es mío. . .

Sí, todo eso es suyo. Y ésta su tranquilidad y ésta su melancolía son aparentes, como las de “la luna que en silencio recorre los cielos”. El Doctor Atl se prepara para el combate. El Popocatepetl, su mejor y más fiel amigo, parece haberle comunicado su tenacidad.

## MARIANO AZUELA

Unas palabras vivaces y alegres iluminaron la noche. Alguien elogió el frío, todo traspasado por él, en un latín aprendido al docto señor don Victoriano Salado Álvarez, y otro más repetía: "Secretum meun mihi." Casi no comprendíamos palabra, envueltos en el tumulto de la avenida —oí decir que en el Desierto de los Leones había nevado, que don Ezequiel A. Chávez es un santo y que la mirada de no sé qué artista es maravillosa—. Tenía yo otros pensamientos, como si golpearan: ¡jamás! Siete golpes de campana, helados y metálicos, nos hirieron como siete lanzas.

¿Es aquí? Ahora deseaba tres meses macerado en recuerdos. Sentíame extraño junto a los dos pianos, los retratos familiares, frente a los balcones-baluartes contra el invierno. ¡Nuestro hermano el Diablo, de mirar oblicuo y sonrisa jesuita! Va a destrozar las lámparas con un golpe de ironía. Quise velarme los ojos para no ver la obscuridad y cubrirme los oídos para no atender al estruendo de los cristales. (¿Quién nos dará magia para asesinar al horario?)

En la sombra, descendiendo una escalera, cruzando un patiecillo, unos pasos firmes y netos; distintos de aquellos otros leves: de mujer joven o de niño. Olvidé al pequeño demonio: espero, ese minuto, ese minuto terrible del que nadie es dueño: ni él ni yo.

¿Es él? Sí, es él: envuelto en un abrigo que sólo deja libres el rostro y las manos; con unos anteojos que tienen pátina de humildad y cordialidad; con una voz que reconozco porque la escuché en Guadalajara, en Lagos, en Irapuato. Tiende una diestra morena, casi prieta, pero cálida y amplia.

(Quisiera comunicaros esa impresión de serenidad —la noche era serena—, que detuvo la impertinencia de las manecillas.)



Insinúa una protesta contra la entrevista. ¿Quién es él? No vale nada, carece de significación intelectual. No es un artista. No es un esteta. Renuncia —un poco precipitadamente— a la celebridad, cambiándola por el detenimiento y la quietud que empalidecieron sus días.

Continuamos hablando. (Claro, no íbamos a permanecer mudos.) Antes de mi primera frase, examiné su rostro: áspero y seco, como incapaz de ninguna emoción. No débil. No miente la prosa al permitirnos adivinar al novelista: ruda. Es que el dolor, en ella como en él, está más en lo profundo, más en lo vital.

—Los pueblos obligan a escribir, porque no hay otro medio de salida para las emociones. Yo soy tan poco ameno para la conversación que no era buscado por los amigos y tenía que hacer una existencia de trabajo y de reclusión.

¡Ah! Lagos y sus conventos, y su parroquia, y sus campos, y su eremita malicioso y burlón. Sonaron para mí, sin que nadie las recitase, estrofas de *Campanas de la tarde*, como en un lejano anochecer que encontréme viajando por tierra de Jalisco. La figura del poeta se coloreó, se animó:

—Es un formidable ironista. En el grupo que formamos en aquel entonces, era él el de las burlas y las bromas, con una tal gracia que nunca ninguno se molestó. Tiene un don admirable para sacudir el bochorno del pueblo, para espantar el tedio. Algunas veces me llevó a escuchar a un dramaturgo lugareño que nos leía obras en quince actos, y al salir exclamaba: “Después de esto, ¡qué bella es la vida! ¡nada valen las imbecilidades del viejo!”

Quisiera daros el tono vivo del habla, un poco descuidada, pero palpitante de visiones. Volví a sentir que los visillos se levantaban al deslizarme yo por las calles empedradas y sin luz de Lagos, que ojos curiosos seguíanme hasta el fin y que Francisco González León reíase de mi escasa experiencia en el ajedrez. Desapareció la sala: estaba en la sombría ex botica de Nuestra Señora del Refugio, que el poeta cerraba en las horas de más intenso movimiento comercial, y abría cuando le era dable disfrutar de la lluvia.

Luego, un telón. Lo corrimos para ocultar al admirador de Pina Menichelli. El novelista:



—Un año me nombraron jurado y en las audiencias principié el estudio de los tipos del pueblo, que pasaron con la miseria suya, íntegra, sin velos. Llegué a creer iba a quedar sin clientela y fue necesario acudiese a un nombramiento oficial que me librara de la servidumbre de la justicia. Desde entonces soy médico del Consultorio N° 3, situado a espaldas de la Plaza de Bartolomé de las Casas, en pleno Tepito. Estuve en condiciones de seguir el conocimiento de esa gente, cuya angustia encuentra en mí un eco. Escribí entonces *La Malhora*.

Se inclina un instante. Brillan los anteojos. Comprendo la intensidad de aquellas páginas: es que el escritor, al dirigirse al consultorio —siete de la mañana— encuentra que los pobres duermen sobre el empedrado, bajo un cielo de azul cortante y maligno. Explica:

—Sí, yo escribo cuando un dolor hace reaccionar mi espíritu. En absoluto todos mis asuntos son reales, logrados tras una labor constante de meditación y de apuntes. Usted no sabe cómo todo lo anoto, hasta el detalle más insignificante. Es una costumbre. Sí, anduve con Julián Medina y en esa correría revolucionaria nacieron *Los de abajo*. Yo viví y luché con los que lucharon, sufrí con ellos.

Cuenta que al llegar a Zacatecas extrañó el colchón muelle, de acostumbrado a dormir en las piedras y las malezas. Estuvo entre asesinos y ladrones, entre idealistas y fracasados.

—Un amigo desconfió de mi novela; dijo: van a calificarla de “reaccionaria”. Siempre aseguré que no, porque es la verdad; y carrancistas y villistas la aceptaron. Pasados los años, murmurarán que es exagerada, y no; es pálida. Tiene cosas para mí inolvidables: hice los apuntes cuando íbamos de huida al Norte, después de las derrotas de Villa en el Bajío. La terminé en el destierro.

Pienso: éste es de los que tienen derecho a hablar. Recuerdo aquel paseo de Chihuahua, lleno de árboles, que Murguía hizo florecer, con doscientos ahorcados. El doctor Azuela desvía la plática:

—¿Oscura *La Malhora*? Es que está escrita según los últimos procedimientos. Le juro que no soy literato, pero es necesario recurrir a la literatura para expresar lo que uno lleva

dentro, bueno o malo. Tampoco opino que las épocas obligan a cambiar un estilo y un sistema: es la evolución misma del espíritu que precisa a uno la aceptación de lo nuevo, porque de lo contrario nadie entiende y el que lo logra se duerme. ¿Quién lee hoy a Víctor Hugo?

Copié una sonrisa de las del pequeño demonio; ¿qué dirán de ésto los académicos, estatizados en pleno jazz? (Bien que no podrían bailararlo.) Otra vez los pueblos, grises y monótonos:

—¿*Mala Yerba* ambiente de Lagos? No sólo de Lagos, sino de todas las poblaciones de su categoría. Fui médico municipal y este empleo permitiómeme indagar en los delitos de los hacendados. ¡Quedé espantado del número de causas! Un terrateniente mataba a un peón con el menor pretexto, o sin él. Durante el porfirismo, porque las cosas hoy son distintas. ¡Qué de crímenes!

Nada: ni una sola idea de tiempo. En la serenidad de la noche, de pronto suena un organillo. ¿Qué habrá venido a hacer a la Colonia, fuera de los barrios musicómanos? Y esa pieza vulgar trae un nombre, extraviado entre las sierras de Nayarit: ¡Silencio! Atenderé:

—¿Los clásicos españoles? Tengo la edición de Rivadeneyra. (Al ir diciendo, sonreía con malicia.) Prefiero *Gargantúa y Pantagruel*, con su francés endemoniado, a la pesadez del Arcipreste de Hita. ¡Y todavía hay quien afirme que debemos escribir así!

Sonreía. Luego el rostro no es tan áspero, duro y seco. Era la de él una sonrisa de alegría como la de los patios de Guadalajara, como la de las fuentes de Guadalajara. Mostrán-dola, siguió:

—Es tarde. Paso de los cincuenta. Siento un cansancio que quizás no me deje escribir ya. No sé qué les ha dado por fijarse en mí; cuando el público conozca mi obra va a quedar desilusionado, defraudado. No sé, no sé.

Tras lo incierto, un reír franco y jubiloso. También de “la tierra”. Malicia sobre él mismo, ingenua burla.

Serio:

—Yo confío en el futuro de nuestra literatura, porque hay un intenso movimiento al que sólo falta orientar. Los inte-

lectuales llegarán a convencerse de que deben acercarse al pueblo, porque es en él donde se encuentran las mejores posibilidades de belleza. Que profundicen en sus lacerias, en sus sufrimientos. La clase media inspira indiferencia, la aristocracia desdén, el pueblo compasión y simpatía. No comprendo quién va a hacer la novela de la Revolución: ¡era tan sencillito! Pero los intelectuales que yo conocí dentro de ella, tal parece que no vibraron, que no sintieron. Me dejaron malas impresiones.

Tiene notas: nada en preparación. Siente que ha adquirido un compromiso de superarse, de crear algo que esté sobre lo anterior. Siente que la celebridad es molesta. Estaba tranquilo solitario y sin que escribiesen de él.

Modestia la del doctor Azuela al referirse a Rafael López, a Monterde, a Villaurrutia:

—No, no les van a gustar mis novelas. Son rudas, sin estilo. ¿Cómo voy a agradecerles la atención que les han concedido?

Estamos en pie. Atravesamos el patiecillo, estremecidos. Una despedida correctísima.

La Alameda de Santa María está llena de espectros. Los dejo perderse. El camión corre entre alucinaciones, alucinación él mismo. La noche hace diáfana la ciudad, diáfana de luces y de mujeres.



## CARLOS GONZÁLEZ PEÑA

Una biblioteca amplia, severa. La sola sonrisa es la de Camila Quiroga, en una imagen de actitud profunda. Carlos González Peña me conduce de un rincón a otro, y en cada estantería fija un momento los ojillos inquietos. Va enumerando:

—Literatura griega, desde los orígenes; latina, y crítica musical e historia del arte. Literatura italiana: D'Annunzio, Sem Benelli, Papini. . .

Ni un rumor externo. En los vitrales —pequeños, como de capilla— está el ex-libris de Saturnino Herrán: VOLUNTAD. AMOR. Al recorrer las cortinas, aparece el pálido crepúsculo de otoño. Ni un rumor en esta estancia sombría: sólo la voz del novelista, en el elogio de sus prodigiosas ediciones. Dos o tres tablas están llenas de Dante, de monografías sobre Dante. Y la *Vita Nova* con las ilustraciones de Dante Gabriel Rossetti, una de ellas “la figura de mujer más hermosa que se haya visto”.

Con dedos ágiles, Carlos González Peña pasa las páginas. Señala fechas, cita nombres de los grabadores, de las casas impresoras, traductores, editores. Lo preocupa el tiempo: ese tiempo inmutable e invariable, que ha de llegar siempre. De un bolsillo del chaleco saca el reloj, lo consulta, lo guarda.

Dirigiéndose a los libros, al escritorio, a las fotografías, a mí, dice:

—Éste es mi rincón.

Éste es su ambiente. No me atrevo a imaginar que en ese escritorio se escribiera *La fuga de la quimera*.

Al mostrarme una edición de la *Salomé*, afirma:

—Esto es algo de Wilde que perdurará, a no dudar. No importa que no esté de moda, que otros escritores lo hayan sustituido en la admiración del público.



Se sienta en una silla que yo encuentro ligera. Me ofrece un cigarrillo. Oyéndolo, lo examino. Lo que más me llama la atención es su boca, grande, golosa; boca para hablar de las mujeres bellas del tablado. Anteojos y manos de profesor, de académico joven que se ha inclinado mucho sobre los textos de gramática, sobre los resúmenes. En este rostro, los ojos son pequeños, tenaces, vivaces, hechos para adivinar entre las líneas de las novelas las pasiones más frenéticas.

—Se ha creído —me explica— que soy enemigo de los nuevos movimientos artísticos, por una serie de notas críticas publicadas en *El Universal*. No, al contrario: estimo que toda revolución lleva en sí algo bueno, pero que se exagera en los primeros momentos. Es preciso esperar que las cosas se seren, para obtener el justo medio, la obra depurada.

¿Qué es lo que queda de Góngora? ¿Y de los gongoristas?

Sólo las cosas claras, sueltas, elegantes. No he encontrado una sola persona que no se haya aburrido leyendo las *Soleidades*. De los discípulos, no persiste nada.

Para mí, como para él, los únicos conceptistas que perduran son Quevedo y Gracián. Éste es ya de la decadencia, de los “últimos esplendores de los siglos de oro”. Aparece el erudito:

—Existe como un gran vacío entre el siglo xvii y el xix. Nada llena el xviii. Es hasta el xix que los románticos unen la gran tradición clásica a la influencia extranjera, para producir un resurgimiento.

Actualmente, la literatura española, la francesa, la italiana, están en decadencia. Yo no cambiaría una sola página de *Madame Bovary* por todo lo que están escribiendo en Francia.

Su pesimismo no es tan hondo, o cambió de idea, para no asustarme. No podía negar su juventud.

—Es que se está buscando la literatura que vaya de acuerdo con nuestra vida, mecánica, absurda, veloz.

En el crepúsculo que va desvaneciéndose, salimos de la biblioteca, de la casa. Una postrera luz acariciaba los vitrales. Le preguntara sobre porqué no existen novelistas en México, y fue ya hasta el tranvía cuando pudo responder:

—Porque es un trabajo de aliento escribir una novela. Requiere aislamiento, y que se dedique uno a ella en absoluto.

Para *La fuga de la quimera* tuve que emplear cuatro meses, de 9 a 1 y de 3 a 6, y otros dos para corregirla y pasarla en limpio. Sería indispensable ser millonario, o decidirse a llevar una vida de completa pobreza.

Explicó su método de trabajo, los paseos, las documentaciones, los estudios. Tiene dos planes de novela, terminados; y en las vacaciones, el proyecto de hacer siete cuentos para formar con otros, ya seleccionados, un volumen.

—*La fuga de la quimera* me dejó 150 pesos. Sí, es cierto, tuvimos la intención de reclamar al editor, pero ¿qué ganaríamos con ello?

Por la edición española no he recibido un solo centavo. No me pidieron permiso; que, después de todo, yo no hubiese negado. En cuanto a la impresión, no sé decirle nada: no la he visto.

Encontramos Preparatoria rodeada de soldados, de estudiantes amenazando los voltaicos: regresamos.

Yo deseaba volver por una calle silenciosa, quieta. Carlos González Peña prefirió una avenida bulliciosa, luminosa, toda estridente de automóviles y de mujeres.

—El paseo tendrá un atractivo más: el de las bellas mujeres.

Mis impresiones de cronista, de entrevistador, se las relate. Ese desencanto de observar a los grandes escritores y de encontrar que son tan pequeños como todo el mundo, y aún más. Carlos González Peña contó sus experiencias de Vicente Blasco Ibáñez, de Amado Nervo, “el de la vanidad infinita”:

—No, la diplomacia no favorece a los artistas; al contrario, los desarraiga, los descasta. Y si no, ahí tiene usted a Rafael Arévalo Martínez, que no ha necesitado salir de Guatemala para escribir sus cuentos. Rodó sólo viajó para terminar su existencia. . .

Perdíanse mujeres entre la sombra lunar de la noche. Todas las frases que siguieron deben resumirse en la que pronunciara el novelista sobre una de las artistas más de moda en México:

—Me han dicho que es de una tontería inmensa. Pero ¡qué hermosos ojos!



## JOSE D. FRÍAS

**R**egresa con igual espíritu. Irónico, amable. Diré que epicúreo, como siempre, sin azorar a su catolicismo pleno de recuerdos y de músicas de clérigos; recogidos unos, en los corredores y las aulas grises de Querétaro; otras, en la sombra de los templos visitados en las peregrinaciones. Epicúreo:

—Orteguita, confiese que usted no sabe beber cognac. Debe paladear el *cinco letras* con lentitud tal que lo goce en plenitud. . .

Y, para concluir:

—Pero. . . guarde el secreto de esto.

Murmura una frase en latín. Pregunta:

—¿Estudió usted latín y griego?

Ante mi negativa:

—¡Oh! esas Humanidades, Orteguita. Con ellas sería usted la gran cosa. . . aun cuando ya lo es. . . ¡oh! es maravilloso. . .

Cálida es la voz. Sin oscuridades. Pregunté.

—Voy a dar —responde— tres conferencias, sobre Vasconcelos, Ventura García Calderón y el Himno al Sol. O a escribirlas. No sé. Quiero volver a París dentro de tres, o cuatro años, con el ánimo de trabajar ahí y no salir.

Colocado estaba como “bajo el tesoro procesional de las constelaciones”. Animado. Vibrando la juventud como un arco. Con un caudal de inquietudes que se acercan a la teología, a la teosofía y quizás a la magia. (Tal vez camino demasiado lejos.) Intenta la vía de la síntesis mística:

—Le haré esa consulta al maestro Vasconcelos. Creo que él ya consiguió resolver el problema. Unir armoniosamente el cristianismo al budhismo, para obtener la paz. Yo me he desprendido de toda vanidad humana, “desasido estoy de toda cosa. . .”

Le repliqué: Vasconcelos arde de dudas y de anhelos. En la letra todo se aclara, pero algo queda en el fondo que no es la serenidad.

—El credo budhista —replicó— indica que, después de una serie completa de encarnaciones, cuando el hombre ha alcanzado la perfección absoluta, se funde en El Gran Todo. Es una forma superior de felicidad, pero no lo entiendo así. Espero algo más. Y aquí es donde mi temor. . .

¿Teología? ¿Teosofía? ¿Magia? Todas las iniciaciones. Como fuera a ocupar una silla, dijo a un amigo:

—Dejemos que Orteguita adquiera en este ambiente alguno de los vicios mayores.

Y ese temblor de misterio que hace oscuros los últimos versos. ¿Por qué prodigio se unen en un terceto las ideas pitagórica y cristiana? Quizás la música estelar explique el Canto Llano.)

Y la contradicción, inmediata, para demostrarnos que Frías continúa con el vaivén humano de agitaciones y de esperanzas, de ironía:

—Traigo un libro admirable, de un polaco que visitó el Thibet y estuvo ante los tres Budhas vivientes, y al leerlo surge la última inquietud, porque nos los describe embriagados y yendo así al templo para dictar los oráculos. Y. . . no profundicemos, que hubo Papas fantásticos, como Alejandro VI e Inocencio X, el del retrato de Velázquez. Lo compré para obsequiarlo al maestro Vasconcelos, y seguramente lo va a desconcertar. Merece fe. El autor lo escribió en inglés, pero usted sabe que los franceses todo lo clarifican.

Le repliqué:

—Los Papas no tienen carácter divino, sólo son los representantes de Cristo sobre la Tierra. Ni siquiera está aceptado en definitiva el dogma de la Infalibilidad. Y los tres Budhas, son BUDHAS.

Sonrió. Ondularon las palabras entre el Karma y las encarnaciones. Y concluyeron:

—Sí, iré pronto a saludar al árbol fiel, desde mi Ventana de los Panoramas. Alegría porque no ha cambiado, porque sigue como lo dejé a mi marcha, mejor que nosotros.

Habíamos lanzado un áncora. Onda musical la de las ave-



nidas atragantadas de sol, sacudiendo autos y mujeres, y lle-gándonos de lejos. Heráclito, y la suma perfección del pensa-miento, que no tiene tachas: la Geometría. No, no siniestra ni emponzoñada. Porque entonces sería preciso aceptar como anticipación de saber lo que se dijo en aquellos dos versos: “Y mi alma es como un parque pueblerino en el que terminó la serenata.”

No, que habíamos lanzado un áncora. Y nos detuvimos en Leonardo. Por el “YO SOLO” que es el lema de José D. Frías, y que se asocia a la frase del Divino: *Si estás solo, serás todo tuyo.*

Insistió:

—Solo he estado, sin vanidades y sin orgullo. Es exacta mi afirmación, y justa.

¿Solo? ¿Y la del elogio de las crónicas? ¿Y las dos fotogra-fías del buró, y las que venían en el fondo de las maletas? Entonces:

—Calle de esos retratos, porque es necesario evitar difi-cultades a la llegada. Hablemos de otras cosas. De los escrito-res europeos, de Ventura, que es un excelente poeta y un mag-nífico amigo.

Surge la figura de Gómez Carrillo:

—Como usted sabe, Gómez Carrillo es Cónsul de la Ar-gentina, escribe en *La Prensa* de Buenos Aires, en *A. B. C.* y en otros periódicos; tiene una *villa* en Italia, y es buscado por las mujeres. Recientemente una con quien vive se quiso sui-cidar por él, pero como las francesas tienen la cabeza dura, no hubo ninguna desgracia. ¿Raquel? ¡Oh! la Meller hace tiempo que está con Federico García Sanchiz.

Llegamos a Antonio de Hoyos y Vinent, a José María Ca-rretero, a José Zamora:

—Los españoles, en principio, me son desagradables, pero como Carretero ha llevado una vida accidentada, es intere-sante escucharlo. Viste bien, se presenta mejor y es un tipo alto y correcto. Vive de sus libros, de sus entrevistas. Tiene prestigio como periodista, siendo tan joven, porque no pasa de los 35, dos más que yo.

Suena fuerte la palabra “dos”, para que sepa que no pasa de los 33.

Le dije:

—¿Volverá usted al periodismo?

Sin emocionarse:

—No tengo esas intenciones. Después de una labor de años, Ventura sólo tiene tres libros de recortes, cuando debería ser autor de ocho obras formidables. Pero el tiempo apremia, y es necesario ganar para vivir, escribiendo crónicas, entrevistas, haciendo diarismo. ¡Odioso! Prefiero aceptar el nombramiento de Comodoro de la Armada, que me fue ofrecido.

¡Áncora! En la claridad de la mañana trinaba un recuerdo. Oh, llanuras de la Umbría y sombra del de Asís. La luz —como en el poema máximo— nos hacía penetrar en “*In principio erat verbum*”. Todo fundíase en la alegría. Río musical de las evocaciones y del futuro, para cuando llegue de Alemania la edición de *El ritmo de la vida*.

—Quedó encargado de la corrección El Abate de Mendoza. Mire este Cristo y esta Virgen que robé de la tumba de Huysmans, en unión de una chica, y ante el azoro del Abate, que murmuraba: “¡Sacrilegio! ¡Sacrilegio!”

Sonreía ya desde su marco Inocencio X. Sonrisa de epicúreo. Y entre las palabras, Frías dijo:

—¡París!

## FRANCISCO MONTERDE GARCÍA ICAZBALCETA

**L**e vi una noche, pasear en la avenida iluminada, más que por los voltaicos, por los ojos de las mujeres fantasmales, a las que arrojara el frío del Valle, todo inclinado desde la punta de los cerros. Iba del brazo de la dama que tiene "ojos claros, serenos", según la dedicatoria erudita de *El madrigal de Cetina*.

Le vi, otra noche, en el lunetario del Fábregas, siguiendo con el brillo de los espejuelos virreinales el ritmo voluptuoso y salvaje de una danza de Tórtola Valencia. Estaba rodeado de poetas y pintores, y en la orquesta los pianísimos se prolongaban como si jamás fuesen a morir.

Silva le ha retratado de gola y espadín. Pero nunca sus manos, en rápido movimiento, arrancaron a una hoja desnuda relampagueo siniestro. Estaría bien en una escribanía de otros tiempos, o haciendo la corte a una novia de reja, en uno de estos pueblos tapatíos en que aún la luna es romántica como la música de los organillos. Sólo que si tropieza con Martínez Valadez. . .

Vive en Tacuba, cerca del convento carmelita de Señor San Joaquín. Vive ahí desde la infancia. Fuera compañero de aquel pulido escritor que en el siglo llevara el nombre de Jorge de Godoy, y que aparece de repente en la sombra de los jardines conventuales. Tiene desde niño ese aspecto de seriedad triste que sólo se anima con la ironía, y que no pasa más allá de la sonrisa galante y enigmática.

Como hace años a un convento, llegué a su casa cuando las campanas de la iglesia llamaban al rosario. El crepúsculo estaba lejos, asomando débil sombra entre las líneas de árboles de los caminos. No lo encontré. Saliera a recibirme su compañera, e instantáneamente tuve el recuerdo del haikai:

Óleo místico:  
en su pecho, la boca de un niño.

La casa no es grande. Pasa frente a ella el tranvía monótono, lento, rápido. No es grande; pero es alegre, llena como está de gritos infantiles. Por las ventanas abiertas se precipita la claridad de la calle. En el patio hay sol, y de noche, tiembla la luna en el silencio.

Regresé la mañana siguiente — mañana de domingo. Conociera entonces el despacho del poeta, arreglado minuciosamente y en el que forman contraste las encuadernaciones modernas, con las empastaduras en pergamino de las ediciones coloniales. Porque Francisco Monterde García Icazbalceta se ha “quemado las pestañas” leyendo las páginas de los cronicones, para encontrar el rastro de una leyenda de virreyes y monjas capuchinas.

Me sorprende, al decirme:

—Pronto dejaré lo colonial. Mientras más se busca en el pasado, más se convence uno de que está vacío. Sólo existe lo moderno.

Reviví con pálida melancolía las vidas de santos y de conquistadores, poniendo en cada inicial una mirada de despedida. El escritor insiste, tenaz:

—Porque no soy de la opinión de Lemaître, que afirma que sólo existe el pasado, puesto que el presente se está formando, y el futuro es incierto. ¿Quién nos dice que el pasado que nosotros reconstruimos es el que vivieron nuestros abuelos?

Noto en la voz desilusión, desaliento. No es entonces que “ama atávicamente esa noble fragancia que despiden las cosas en olvido por viejas”. Quizás él esperaba hallar tesoros y únicamente viera pasar una vana sombra de oidor en la sombra menos densa de los claustros.

—No hay que engañarse. Publicaré *Poemas coloniales* para dedicarme en seguida a lo moderno. Vea mi obra de teatro. . .

Señala con un movimiento medido los originales colocados en el escritorio, limpios, cuidados. Los va enumerando uno a uno. Me muestra también los de otros libros: *Finales de cuentos y de fábulas*, etcétera.



Refiriéndose al estridentismo, tiene adjetivos sagaces. Para él, lo que caracteriza al movimiento es que tiende a lo humorístico, puesto que no provoca emoción, sino hilaridad. Pero no niega talento a los iniciadores, ni importancia a lo que escriben.

—List Arzubide creo yo que es el mejor de todos ellos, el más original. Maples Arce me leyó hace varias tardes unos buenos versos de ese poeta poblano; puede afirmarse que irá lejos.

Oía yo, muy cerca, el paso de la joven esposa del novelista. Veía yo, en las estanterías, retratos admirables. Un pequeño penetró cuando habíamos adoptado esa actitud recogida en que las palabras brotan con un ritmo claro, sencillo y penetrante.

Imagino que debió ser actitud de haijin (no la mía, sino la suya), toda oriental, como si estuviese en Tonalá, bajo los ramos floridos.

De los cajones mínimos había extraído lo que se salvó de *Arcas de la Nueva España*, quemadas a punto de ser concluida la edición: las dos terceras partes, ilustradas por Jesús Chavarría con minuciosidad benedictina.

—¿Ve este original? Costó una noche de trabajo. Yo tenía que buscar a Chavarría y estarle leyendo versos, cuentos, novelas; sólo así dibuja. Lástima que haya perdido su esperanza, porque quería revelarse con una labor seria.

Pone en mis manos los folios. Voy pasando hojas, y aparecen soldados y frailes, muros de conventos y damas de ojos negros y rosario entre los dedos. Líneas sin complicaciones, pero que comunican impresión de vaguedad y de añoranza. Es que bajo los faroles de aceite pasa la ronda, y ante la Virgen reza un caballero que va a reñir con su rival.

—Después de todo, no me duele la desgracia, porque esos poemas tal vez hoy me avergonzarían. He perdido la fe que tenía en ellos, aunque algo quedará, como por ejemplo este romance.

Busca. Lee. Al terminar conversa del teatro nacional, que necesita un impulso definitivo y eficaz.

—María Teresa Montoya hace pocas obras serias y Julio



Rodríguez ignora el gran mal que nos ha hecho; necesitamos descubrir una nueva actriz. Se ha formado un grupo que cuenta con cuarenta obras representables para iniciar una temporada, y en el que figuran Teja Zabre, Parada León, etcétera.

Lo interrumpo. Prosigue:

—¿Parada León? Es un muchacho con talento, en el que no se han fijado detenidamente los críticos, como merece. Tiene cualidades que lo hacen ser un verdadero escritor de obras dramáticas.

Monterde está escribiendo una pieza para Virginia Fábregas, que está a la altura de la sabiduría de que se ha ido cargando la comediante hasta en las yemas de los dedos, “a su dorado otoño”.

—Invierno — corrijo yo.

Ríe con discreción de oidor en audiencia al que murmuran al oído un epigrama que se refiere a la virreina. Calla. Como intentara despedirme alegando preparativos de viaje, me detiene para confiarme sus deseos de perderse sobre el mar, en una noche clara.

—La edad de mis nenes me impide partir, por hoy. Primero deseo ir a la América del Sur, compenetrarme del valor de la raza. Después, a Europa, para fundir impresiones y crear un estilo, contribuir a formar una tradición cultural.

Tuve la pena de decirle que no creo en la raza y que si me apurase la vendería por un plato de lentejas. Soñaba, al ir de un librero a otro, colocando bien un libro, sacudiéndolos.

Salió. Regresó.

Teníamos que recordar al periódico, la revista en que se dejan afanes y días, para encontrarse con que, a fuerza de escribir notas policiacas, se es incapaz de llenar dos cuartillas con una crónica de arte. Describíame su método de trabajo, las pequeñas ideas, las trabas, las costumbres. Terminó:

—Yo dejo descansar un día los artículos del *Ilustrado*, y entonces noto los defectos. . .

Soñaba. En mi oído el haikai repetía sus líneas tan españolas y crueles:

FRANCISCO MONTERDE GARCÍA ICAZBALCETA

En cada tumba, crucificada  
tiene una madre el alma.

Desde la pared, en un retrato, nos miraba la dama que tiene "ojos claros, serenos".

A una hora de Guadalajara, está un convento en ruinas. Ya de noche, regreso de él por el camino encendido de estrellas y de cocuyos. Por dos veces he leído *El secreto de la Escala*, y siento que no exista Inquisición que me condene. Una cúpula se alza frente a mí, semejante a la que está cercana a la casa del poeta.

Tengo la sensación de haber ido a uno de aquellos extremos, "más allá del cual no se puede ir con intención de volver".

Guadalajara, 1923.



## MANUEL MAPLES ARCE

Esta librería de César Cicerón tiene ambiente estridentista: dijérase que Maples Arce le comunica todo aquel dinamismo de *Andamios interiores*, desvelado de las caminatas por las calles asfaltadas de ensueños. En tanto el librero del movimiento ofrece una historia del arte egipcio y el poeta la hojea lentamente, en la avenida se desfloran los *claxon* como en el poema bolsheviki *Urbe*, y pasan las manifestaciones de mujeres que llevan desnudo el corazón.

En los escaparates de sobre la avenida, y en los estantes, están los avisos desplegados de *Irradiador*, la revista del estridentismo, con esa curiosa disposición tipográfica que recuerda la de una casa de *apartments*.

Dice Maples:

—No, al fin no publicaré en volumen los *Poemas intuitivos*, que sólo eran notaciones rápidas que quedarán dentro de *Urbe*, poema bolsheviki. En éste existe la relación y coordinación exigidas por mi teoría abstraccionista, y esa síntesis ideológica que palpita de uno a otro verso. He aquí algunas de sus visiones:

Las mujeres chisporrotean en los interiores  
apagados.

Las motocicletas inusitadas se atragantan las  
perspectivas inconexas.

Las escoltas de tranvías regresan por las avenidas.

Los obreros son rojos y amarillos

Y la ciudad está andamiada de hurras y de gritos.

Estas alucinaciones fugaces, son exactas. Al menos yo lo creo así, y lo siento en la palpitación del volumen que el poeta deshoja. En tanto que “la luna, afuera hace versos”, los secarios de la doctrina van llegando y sumiéndose en los estantes, con los libros últimos de París, Madrid, Barcelona. Gas-

tón Dinner es un dinamitero perseguido por la justicia de todas las naciones civilizadas, y con su melena anarquista se ha refugiado tras los nervios románticos de Maples Arce. Salvador Gallardo y Luis Felipe Mena nos invitan al Café de Nadie, ese café en el que nadie sirve y en el que no se toma nada. Y una motocicleta nos lleva hacia el amplio silencio de la sala llena de “rosas eléctricas”.

EL CAFÉ DE NADIE

Yo descubrí este nombre para el Café “Europa”, porque fuera de nosotros no pertenece a nadie. En ese rincón, bajo la “sombra vacía de los jardines”, se escribieron los primeros manifiestos, *Andamios interiores* y el poema de la radiofonía, “T. S. H.”, traducido al francés en *Manomètre*.

*Dessus ce démeoir nocturne de silence  
on projette des placards d'étoiles  
ot dans l'audiphone inversé de songe  
se perdent des paroles  
oubliées.*

Sobre la taza de café, alguien pregunta:

—¿Y *El romero alucinado*?

—Es un gesto; el doctor González Martínez se convenció de la justicia de nuestros ataques y en lugar de desmayarse como mujerzuela literaria, se ha renovado: hasta donde es posible renovarse a su edad.

Se encendieron algunos nombres femeninos. Celia, Esther, María Teresa, Elvira. La dedicatoria de *Andamios interiores* está hecha para dar brevedad de ilusión a cada una de ellas: “A la que sacudió sobre mi vida una primavera de alas.”

Luis Felipe Mena, el de los zapatos sin tacones, pregunta qué opinamos de la entrada de Rafael López en la Academia:

—Después de él irá Tablada, y tras de ellos iremos nosotros: la Academia va camino del estridentismo. Hoy es como si no existiera, porque nadie la toma en serio.

Según Maples Arce, el estridentismo es algo muy diferente del ultraísmo, del expresionismo, del nunismo, del futurismo, de todas las tendencias que en Europa inquietan a los



espíritus. Hay en el estridentismo diferencias fundamentales, como que lo que se hace en él tiene continuidad ideológica y no es una serie de visiones ultraístas, y la figura indirecta compuesta que es un verdadero aporte a la literatura: "... y el pentagrama eléctrico de todos los tejados se muere en el alero del último almanaque."

—En México —afirma Maples— se inició antes que en Europa la poesía de sobre el pentagrama, por Pedro Échevarría, y hace dos meses Francesco Cangiullo la presentó como una revelación en *Il Futurismo*, con el nombre de "Poesía pentagramata". Lo que hacen los futuristas es poner un pentagrama y dentro de las líneas musicales el sistema de las palabras en libertad, que son valorizaciones e interpretaciones fonéticas con un relativo valor ideológico, por la sugerencia de las palabras que nunca llegan a ser ahí lo que en realidad son.

El poeta tiembla en la mano que sostiene la taza de té, dejando nevar las frases explicativas. En ese temblor continuo disminuido por los estudios jurídicos del cuarto año de la carrera, yo intercalo una evocación de Salvador Díaz Mirón:

—Me resisto a creer —comenta Maples Arce— que el señor Díaz Mirón haya dicho que le escribí una carta pidiéndole un prólogo para *Andamios interiores*; pero de todas maneras la suya no deja de ser una actitud simpática y jovial. El señor Díaz Mirón es un dadaísta.

En cambio, el que se ha vuelto persona seria es don José Elguero; llevamos las mejores relaciones del mundo y prologaré un tomo suyo de poesías místicas: será él el poeta místico del estridentismo.

Era así como la luna se suicidaba sobre el surtidor de la Plaza de Orizaba, cuando nosotros salimos a vagar en la Colonia, llena de autos que disgregaban las avenidas, y de sombras femeninas que se alargaban bajo la caricia de los volutaicos.

#### LA COLONIA

—Yo —dice Maples Arce—, aun cuando siempre esté de golfo, tengo la sensación de haber trabajado mucho: siento un cansancio infinito.

Observo que ya no utiliza "polainas de peltre". Hoy son

de un gris perla, y dan la impresión que da su biblioteca, con unos estantes que guardan tomos de Poinson du Terrail, Salgari. Porque Maples Arce guarda lo más bizarro, lo más inútil, y vende en el "Volador" lo que le envían los académicos y los jóvenes que aspiran a serlo.

—Dentro de un mes aparecerá *Esquina*, del poeta poblano Germán List Arzubide, en las ediciones del movimiento estridentista. Es un muchacho de talento, que desde el fondo de la provincia ha respondido a nuestro mensaje con otro de noble valor y belleza.

El movimiento estridentista se ha refugiado en la librería de César Cicerón, y se ha instalado en un apartamento que decora Reyes Pérez, con esas decoraciones que nacen bajo la influencia lunática. En ese refugio, que recibe todas las palpitaciones del mundo por un aparato receptor de radiofonía, Maples Arce está dedicado a preparar sus próximos exámenes y da la última lectura a las estrofas.

—Pienso recibirme, obtener un título profesional, y salir de México para dedicarme a determinadas labores. Pero antes necesito hacer un viaje a Yucatán, la tierra más interesante en el país, actualmente, de donde saldrá nuestra renovación espiritual.

Nos refiere las sensaciones de los que hace días regresaron de Mérida, con las actitudes hieráticas y sagradas de las esculturas mayas.

Una sirena amplía su voz: es la motocicleta del poeta, en la que éste hace su vida hoy.

—Mi entusiasmo por lo mecánico me ha llevado a adquirir este aparato, el más estridentista que existe. Porque vivo la intensidad de la vida actual, dinámica, eléctrica, y no me encierro en un intelectualismo absoluto, como nuestros literatoides. . .

Y el poeta se aleja, sonando su sirena. Y creyérase que "la primavera pasa como en motocicleta".

Sobre la fuente de la Plaza de Orizaba, está el eterno claro de luna.

## JOSÉ MANUEL PUIG CASAURANC

Creí había olvidado sus años en *El Universal*, que es difícil ser recibido por él en ese despacho amplísimo en que conociera yo a Vasconcelos. José D. Frías y Fernando Ramírez de Aguilar obtuvieron para mí, del antiguo periodista, media hora de conversación. Para atenderme, dejó pendiente el acuerdo. Me invitó:

—Si quiere, que sea hoy mismo; pasemos a esa sala.

Adoptó la actitud del camarada, despojándose por unos instantes de la del ministro, e iniciamos la entrevista charlando de ciudades conocidas y lejanas; y en un encadenamiento de viajes llegamos a Veracruz, a Díaz Mirón y a las matemáticas, que el poeta enseña para que el espíritu de los jóvenes adquiera armonía y equilibrio.

—Siempre —dijo Puig Casauranc— ha sostenido esa tesis. Es indiscutible que el estudio de las matemáticas desarrolla el poder deductivo y de concentración, según lo observé en mí mismo durante el tiempo que ejerciera mi profesión en los Estados Unidos, en donde acostumbran la consulta por horas corridas, y los médicos no sabemos qué hacer de la tarde. Estuve dedicado, entonces, al estudio de la Geometría Constructiva y la Trigonometría, materias por las que tuve antipatía preparatoriana. Recuerde que Leonardo de Vinci atribuía a las ciencias exactas una influencia decisiva en la evolución del pensamiento y las consideraba necesarias a los artistas.

Y hablando de ciudades, se fue la media hora, que medí el tiempo con perspicacia idéntica a la de los reporteros. Como tiene una sonrisa cordial, y le sugerí visiones de Europa, él prolongó la plática insistiendo sobre las nuevas orientaciones de la humanidad.

—Quiero referirle lo siguiente: comíamos en París, con

M. Herriot, entonces jefe del gabinete francés, y precisamente en esos días se celebraban conferencias en Londres para discutir la cuestión de las deudas interaliadas, con asistencia de delegaciones de todos los países interesados. Casi fielmente puedo transmitirle las palabras de M. Herriot, porque me impresionaron profundamente y fueron éstas: "Señor general Calles, en las últimas conferencias de Londres la nota generosa, de humanitarismo, no la dimos los socialistas franceses e ingleses, ni los radicales alemanes; la dieron los capitalistas de Wall Street."

Entiendo que ese hecho debe interpretarse así: la última guerra mundial provocó fuerte sacudida en los espíritus y los obligó a una comprensión completa de la necesidad de modificar valores, en tal forma que, hasta los capitalistas yanquis, seguramente los más egoístas, comprendieron que debían ser justos.

Confía Puig Casauranc en que el paso del antiguo régimen económico a uno más humanitario, se hará sin que sea preciso recurrir a la violencia, por la educación de las masas proletarias que con lentitud irán tomando posesión de todo lo que hoy está en manos de los capitalistas; pero no en esta generación nuestra, sino en otra.

—Estamos preparando a los obreros para que en el momento oportuno estén en condiciones de hacerse cargo de toda la organización económica sin temor a sufrir un fracaso como el de los socialistas italianos, que provocó la reacción fascista, sino que todo marche sin perjuicio de nadie. Conviene prever todo; los obreros de Italia fueron dueños de las fábricas, pero estaban imposibilitados para hacerlas funcionar, porque los directores técnicos formaban entre los capitalistas y los burgueses. Nosotros tratamos de evitar que eso se repita.

Expuso el Secretario de Educación el plan que en su concepto debe desenvolverse, lento y difícil, pero de resultados eficaces. Entre los obreros irán formándose técnicos capaces de atender a la producción, al abastecimiento y a los mercados, para que no quede fuera de su control ninguna de las ramas de la industria. No sólo serán instruidos los obreros,



que los campesinos son también parte de la masa proletaria, y de ésta depende el futuro del mundo.

Con firmeza, el ex periodista continuó:

—El sistema económico del socialismo sustituirá al capitalista sin violencias, por una graduación de conquistas obreras y de concesiones burguesas, que el convencimiento va llegando a todos los hombres para convertirlos en seres mejores, hacerlos verdaderamente hombres.

Según Puig Casauranc, la dotación de ejidos no resuelve el problema agrario y, por lo tanto, precisa recurrir a una menos imperfecta solución que consiste en la institución del “patrimonio de familia”, en forma que garantice su estabilidad.

Me refirió:

—Cuando el general Calles estaba internado en un sanatorio de Berlín, los embajadores de Rusia en Inglaterra y en Alemania, seguramente dos cerebros poderosos, escogidos para las misiones que se les confiaban, me fueron presentados por el ministro de México y me suplicaron los acompañara a visitar al general Calles. Lo primero que hicieron fue felicitarlo por la implantación del sistema ejidal, como si se tratara del más reciente adelanto en cuestiones sociales. El general Calles, con admirable sencillez, les explicó nuestra situación y les dijo lo siguiente: “Señores, en mi país hemos ensayado el ejido, pero no es posible detenerse en él, porque el patrimonio familiar está más de acuerdo con nuestro modo de ser y nuestras necesidades.” Su palabra fue tan convincente, que los dos diplomáticos le contestaron: “Señor general Calles, hemos comprendido lo que usted dice y abogaremos para que Rusia torne a la pequeña propiedad privada.” El general Calles les predijo, entonces, que su patria implantaría la pequeña propiedad, y ese augurio se cumplió antes de un año.

En la plática, tornamos al tema educativo:

—Los problemas que el general Calles considera fundamentales para el Gobierno son dos: el de comunicaciones fáciles y el educativo; está decidido a resolverlos, respetando las conquistas obreras, sin que esto quiera decir que, por conservar prestigio de líder, tolere actos indebidos. Antes



que nada, el respeto a la ley. Sin caminos, es inútil impulsar la producción, que ésta carece de salida y el dársela significa altos gastos no compensados por las utilidades. Vías de comunicación quieren decir progreso. . .

Recordó a aquel estado yanqui, atrasadísimo si se le comparaba a los otros, que con caminos tuvo educación, comercio e industria. Recordó que el general Díaz, en los últimos meses de su gobierno, deseando hacer lo que no había hecho en treinta años, quiso propagar las escuelas rurales, esas mismas que Calles quiere ver hasta en el pueblo más humilde de la República.

—Son escuelas rurales de un nuevo género —afirmó Puig Casauranc— porque en ellas no sólo se enseña a leer y escribir, sino que los profesores dan a los alumnos los conocimientos sobre pequeñas industrias regionales necesarios para que tengan medios de vida, para que desarrollen sus facultades y gocen de una existencia aceptable. Confiamos en que al terminar su periodo el general Calles, existan en el país no menos de diez mil escuelas rurales, y en que las carreteras lo atraviesen en todos sentidos, porque éstas son preferibles a los ferrocarriles.

Describió uno de los caminos proyectados, que cruza casi todo el país y por el que, terminado, será grato ir porque se excursiona por regiones maravillosas: del Atlántico al Pacífico, para conocer el desierto y la selva, la llanura y la meseta. Como Puig Casauranc y yo algunas veces hemos ido hacia los mil horizontes coincidimos en las emociones, en las visiones. Él:

—La realización íntegra del programa del Gobierno no provocará conflictos internacionales, porque el general Calles expuso, durante su estancia en los Estados Unidos, sus puntos de vista, con la sinceridad y la franqueza que lo hiciera en su gira como candidato. Aprovechó lo que más interesa a los capitalistas, que no trató de convencerlos para que fueran bondadosos, sino para que realizaran excelentes negocios. El general Calles es convincente y les explicó que tratamos de incorporar a la civilización a diez millones de indios, y que eso significa un portentoso crecimiento de su comercio. Confiamos en la buena voluntad de ellos, porque el general Calles

se dirigía a los magnates de las finanzas, de la industria, del comercio. En lo que usted escriba, no conviene precisamente que se refleje absoluta fe en las promesas yanquis, pero sí que se ha establecido un mejor entendimiento entre ellos y nosotros.

Le interrogué sobre los movimientos artísticos. Excepcionalmente lo de Diego María Rivera, suspenderá la Secretaría todas las decoraciones porque el dinero es preferible emplearlo en el impulso de pequeñas escuelas de pintura al aire libre, en las que los estudiantes son preparados a la lucha por la vida. En poesía, no ve que un grupo continúe a la generación que terminó con Amado Nervo y González Martínez:

—Sólo encuentro a José D. Frías y a algún otro. Me vi apurado cuando la inauguración de los cursos universitarios, porque busqué un poeta digno, y lo encontré en Hernández Jáuregui, que hacía tiempo no escribía versos.

Como Puig Casauranc fue periodista —afirma serlo aún—, imponíase preguntarle su opinión sobre la labor social de los periódicos, sobre su organización y sus defectos. Cree que la organización cambió casi totalmente desde la noche en que Moreno Irazábal declaró la huelga en *El Universal*, y:

—La labor es nula, por mal intencionada. Los periódicos no se han renovado. A mi regreso de Tampico, encontré en las redacciones a los mismos escritores que conociera en *El Imparcial*, al iniciar mi carrera. . .

Un timbre nos interrumpió. La noche displayábase hacia el Norte y el Sur, hacia el Oriente y el Occidente. En la ciudad multánime encendíanse diez mil frívolas luces.



ALBERTO J. PANI

Me recibió de pie, la mano ligeramente apoyada sobre una mesa, sin la sonrisa que no abandona ni en difíciles situaciones. El mediodía lo rodeaba de un sol diáfano. Por las ventanas veíamos la Catedral, el Sagrario, el Zócalo cruzado por las inquietudes de miles de gentes, en todas direcciones. Brevemente le expuse los motivos de la interviú. Sonrió, con leve ironía, que está en la naturaleza de los ministros la desconfianza. Le dije:

—Sé que no le agradan las entrevistas. . .

Respondió, examinándome con sus ojos oscuros, una mano apoyada suavemente en la mesa, la otra en la bolsa del pantalón:

—Soy completamente reacio a ellas.

Afirmé:

—Sé que usted tiene mala opinión de los periodistas.

Esquivó, deshelándose, moviéndose un poco, retirando la diestra de la mesa:

—¿Quién le dijo?

Le aseguré que los compañeros. Todavía defendíase. Como ha pasado por casi todas las Secretarías de Estado, quise saber cuál le placía más, cuál le gustaba ocupar. Volviéndose polar el hielo, buscó desconcertarme:

—¡Quiero ser arzobispo!

Como permanecí impasible, él continuó:

—Sólo me interesa ser Papa. Cuando el padre Cortés se atrincheró en la Iglesia del Sagrado Corazón, yo era su candidato a Pontífice Máximo. No apoyo a los cismáticos, porque me olvidaron. Pero, créame: no me atrae ninguna Secretaría, quizás porque he estado en tantas, y cuando menos lo piense seré Secretario de Guerra.

¿Fingía? Al referirle que el Doctor Atl me hablaba de él, malició:

—Seguramente le dirá muchas mentiras.

Al solicitarle posara, continuó burlándose:

—Esto no vale la pena: retraten mejor a una mujer linda.

Me citó para la mañana siguiente, en su casa, que mostré deseos de visitar su admirable galería de pinturas. Recordando que aún tenía que recibir a numerosos solicitantes, exclamó, con tristeza casi real:

—¿Usted cree que yo vivo en un valle de delicias?

Seguía, atentísimo, mi movilidad, taladrándome con esos sus ojos oscuros en los que estaba, inconfundible, el insomnio; esforzándose por descubrirme las intenciones, por conocer mi doble. Así debe hurgar a quienes se acercan a él. No perdió esa actitud, ni siquiera al despedirnos: sin que vibrara el cuerpo, sin que el rostro se contrajera, y esto porque no le adivinara las sensaciones.

Es uno de los hombres más afortunados de México. Es, al mismo tiempo, uno de los más sagaces, que procede con cautela a través de largas, detenidas meditaciones. No es querido; las multitudes proceden por rápidas impresiones, y a Pani lo rechazan por su labor hacendaria, que no comprenden. Esencialmente irónico, y sentimental; pero ocultando ésto con la sonrisa hiriente, mordaz. No quiere a la prensa. En un banquete a un divisionario alguien contó que en La Habana se publicaban ocho diarios y Pani contestó, relampagueante:

—¡Entonces debe ser imposible vivir en La Habana!

Elogió a un camarada fotógrafo, cuando éste obtuvo que posaran dos divisionarios, cinco o seis generales de brigada y veinte brigadieres:

—Ustedes los fotógrafos son los únicos capaces de tener quietos unos momentos a los generales mexicanos, y esos son los momentos en que el país prospera.

Tiene la réplica aguda, y eso que yo llamaría el presentimiento de las preguntas. Sabe recibir y rechazar; cosa difícil, que no todos están preparados para hacer. Es culto, ondulante. Es imposible retenerlo, centrarlo. Es, de los ministros, uno de los que mejor conoce a los entrevistadores.



Llegué estrictamente puntual. Casa tranquila, vastísima de silencio. En su jardín, en la mañana, el sol vibraba en las “ban-  
cas de mármol de Istria, el mismo mármol con que se construyó el Palacio Ducal de Venecia”. Esperando al ingeniero Pani, recorrí la galería, deteniéndome frente a cada uno de los nombres ilustres. Al abrirse la puerta del comedor, apareció. Un saludo cordial. Estatizado yo ante un dibujo de Miguel Ángel, me preguntó:

—¿No se emociona viendo un Miguel Ángel? Es interesante el dibujo, porque en él señala sus métodos para localizar los músculos, sus módulos, y tiene indicaciones autógrafas. . .

Se convirtió en guía, encaminándome, colocándome según la más propicia luz, disertando con brevedad y simplicidad sobre cada uno de los pintores: italianos, franceses, belgas, holandeses, ingleses. Tiene buen conocimiento; fervoroso de los primitivos y los renacentistas, los antiguos y los modernos. Camina con lentitud y firmeza, y su ademán es corto, dando idea de que está preparado, dispuesto a rechazar las intromisiones en su espíritu. Le placen los juegos intelectuales, las ironías; sólo que advertíale el desvelo y la preocupación en las pupilas tenaces, pero sin que se transparentara en el acogimiento.

—De Italia —confió— es el país que conservo más gratos recuerdos, en el que viviría siempre. Imagínese la llegada a Venecia, el ir por las callejuelas estrechas en las que apenas es posible caminar, y, de repente, se abre la Plaza de San Marcos, maravillosa. . .

Quiso que conociera la casa y me llevó por toda ella, enseñándola con la confianza del que conduce por vía visible, bordeada de sugerencias. La confidencia iba deslizándose, en ondulaciones:

—Yo debí haber sido pintor. . .

El piso alto está dispuesto como para un taller de pintor, buscando que las cosas realcen y que manifiesten su interna reconcentrada belleza. Al ir a descender, continuó:

—Lo hubiese logrado, porque estudié. La pintura y la arquitectura son las formas artísticas que más me dicen; en las que, según la expresión mística, encuentro *mensaje*. Mi vida es continua contradicción, pues hice los estudios de Medicina

y me recibí de ingeniero, para, posteriormente, ejercer de arquitecto y de abogado.

Mirando los ensayos, habla de su hijo:

—Pinta, como yo lo hice.

Quedé sorprendido: pintó. Para convencerme, me mostró dos de sus cuadros, colocados en las recámaras, recorriendo él mismo los lienzos que los cubren y las cortinas de las ventanas. Son dos vírgenes. Si la obra —por mínima que sea— refleja el espíritu del artista, el ingeniero Pani es, muy en el fondo, triste, en contraste con esa perpetua, incansable ironía de la sonrisa y la respuesta. Como yo exclamase:

—¡Cuando sea ministro tendré una casa como ésta! — él contestó, vivaz e inmediato:

—Si no llego a ministro, la tendría mejor, porque ganaba más en mis negocios que en los puestos oficiales.

Estábamos en el comedor, de ventanas abiertas al jardín luminoso. Sobre la mesa distinguía los diarios, que lee durante el almuerzo, penetrando en las noticias, en los editoriales. No le entusiasma ser embajador:

—En los Estados Unidos es un cargo penoso, que uno se siente impotente para defender y salvar a los compatriotas, para librarlos de las humillaciones a que están sujetos, y eso atormenta.

Después, con ese tono del que no logró formar sus días como lo deseaba:

—Yo siempre he ocupado los puestos para los que menos preparación técnica tenía, que fui a la Secretaría de Relaciones y a la de Hacienda en graves circunstancias; por ello todo lo aguardo, que nada es imposible que llegue.

Calló. Salimos de la casa. Por el camino me narró los episodios más intensos de su vida política. Desde hace quince años, sin interrupción, es ministro, “quizás porque a diferencia de otros, no persigue el empleo”. Al anunciarle que entrevistaría al Secretario de Relaciones:

—Aarón —murmuró— reúne los tres cargos para los que no se requiere ningún estudio: es licenciado, general y ministro.

Hace el viaje a pie, de su casa a la Secretaría, por ejercicio acostumbrado, contra el cansancio de los acuerdos y las

audiencias. Explicó cómo piensa que se logrará el progreso económico de México, hacia un sistema más justo:

—Estamos tratando de obtener una equitativa distribución de los impuestos por medio del Income-Tax, que es directo sobre las utilidades y que grava progresivamente a los ingresos personales en tal forma que, a mayores entradas, corresponde más alto gravamen y al contrario. Esto no sucedía con el antiguo sistema, en el que el tanto por ciento era idéntico para todos los contribuyentes. Tropezamos con la ignorancia y la mala voluntad, pero todos van convenciéndose de que tenemos razón. A medida que se progresa, se irán derogando los otros impuestos, hasta dejar uno sólo.

Simplificaremos los métodos, que la Ley del Timbre es intrincada y molesta, pues contiene más de cien impuestos diferentes, e imagínese lo que eso es. Además, pronto vamos a delimitar los campos de acción económica de la Federación, de los Estados y los Municipios, por ahora no muy bien señalados, y para eso la Secretaría de Hacienda está haciendo una labor de la que esperamos magníficos resultados.

Expone simple, llanamente. Sobre el problema agrario:

—¡No! La dotación de ejidos es deficiente y no soluciona el problema agrario. Conviene establecer el patrimonio familiar, protegiéndolo con las leyes adecuadas que eviten sean enajenados los lotes concedidos. Propiamente el ejido no desaparece, evoluciona.

Considera indispensable el Banco de México. Cree inútil cualquier intento revolucionario, porque nada lo justifica y sólo hasta que se mencione con tema de actualidad la sucesión presidencial, volverán los sobresaltos políticos. Opina:

—La realización íntegra del programa socialista del Gobierno, no traerá dificultades internacionales. Respecto a la cuestión concreta del petróleo, que usted me pregunta, conforme al fallo de la Suprema Corte de Justicia en el litigio de la "Texas Oil Co.", los derechos legítimamente adquiridos antes de 1917 no serán tocados, porque la Constitución establece, en el artículo 14, que ninguna ley tiene efectos retroactivos y esto sienta jurisprudencia respecto del artículo 27. Hemos ganado el punto, porque procedemos con honradez.

Cambiamos el tema. Tornamos hacia el arte:

—Sí: la danza es lo que más me emociona después de la arquitectura y la pintura.

No obstante sus ocupaciones, le queda tiempo para leer, que yo “hubiese encontrado sobre el buró la *Historia de Cristo* de Papini, algo de Balzac y la *Divina Comedia*, de Dante”. Últimamente la obra que le dejara más honda huella es la de Papini. De los pintores mexicanos, a ninguno le encuentra interés. De los poetas, prefiere a Díaz Mirón.

—Sólo siento haberlo conocido, porque después de leer sus poemas, uno piensa que los actos no corresponden a la obra y le parece indecoroso que venda su pluma.

Citó algunos versos. Casi los recitó, en el Zócalo por el que atravesaban nuestras inquietudes. Al despedirse:

—¿Está satisfecho? Esto ha sido algo más que una entrevista.

Y, última malicia, frente a la puerta de la Secretaría de Hacienda:

—¡Adiós, licenciado!

Protesté, sonriente como él:

—¡Adiós, general!



## PLUTARCO ELÍAS CALLES

Se le ha llamado, con justicia, Calles el reconstructor. Lo entrevisté cuando era candidato a la Presidencia, y después sólo lo he visto en pocas ceremonias oficiales y en los teatros. Su aspecto severo impone respeto. A un periodista argentino, al visitarlo, le pareció encontrarse “ante una fuerza viva de la Naturaleza”. A mí no. Me dio la idea de un hombre huraño y silencioso, orgulloso, desconfiado. Mide las palabras con rigor digno de un escolástico.

Le he visto reír en los teatros, escondido en la platea para que la luz no le ilumine la risa ceñuda.

En los días que lo entrevisté —noviembre de 1923— México esperaba ansiosamente el resultado de la campaña electoral entre dos de los líderes de Sonora, unidos antes por pensamiento, acción y amistad. No es tiempo todavía de que se aclaren los sucesos; cuando se haga quedaremos convencidos de que Calles fue justo.

En esos días regresaba de mi viaje al Occidente, donde había de iniciarse la rebelión. Busqué a los caudillos. Los comparé.

La ideología de Calles no ha variado. De ahí que las palabras de entonces sean de valor actual y, más que las palabras, el modo de recibir, de sonreír, las lecturas, las costumbres. Como no era yo propagandista, la tarde que se me avisó iba a recibirme, quedé como olvidado entre la multitud de partidarios y amigos. El poeta Miguel Martínez Rendón, gentilísimo, entretenía mi tedio con recuerdos de Monterrey, con anécdotas de generales bárbaros. Me aseguró que a Calles, antiguo maestro de escuela primaria, lo rodeaban poetas, escritores, periodistas.

En una de las mesas, la Secretaria célebre se inclinaba sobre las claves, las cartas, los telegramas. Juan de Dios Ro-



bledo me presentó con el general José Álvarez, y éste me condujo ante Calles.

Nada me hizo impresión como la sonrisa irónica con que Calles me recibió. De pie, la mano apoyada en el escritorio. Había de estrecharme la diestra, con la cordialidad que a un estudiante audaz. Le expliqué:

—General, deseo que se tomen cuatro fotografías y que, en los cinco minutos que mi compañero tarde, me conteste usted unas preguntas. . .

Accedió. Al colocarse en uno de los sillones, me dijo:

—Vaya pues. . .

Durante la quietud de la primera pose lo observé. Tiene el rostro tosco, de líneas tenaces, con los ojos oscuros, pequeños y enérgicos que a veces se pierden bajo los abultados párpados. Como no le agrada que sus retratos sonrían, se enserió al aviso del fotógrafo.

—No he visto —me contestó al medio minuto— lo que Diego Rivera pintó en la Preparatoria. He hablado largamente con él: lo creo bien intencionado, de firmes convicciones, admirable como hombre y como artista. Sobre lo que significa el movimiento socialista para el pueblo mexicano, conversamos ya. . .

Y:

—General, ¿qué es lo que usted ha leído más?

Respondió, apenas abriendo los labios, con los ojos atentos y las manos cruzadas:

—Me he dedicado a estudiar todos los credos socialistas, para concluir por conocerlos clara y distintamente. Ha sido la preocupación de mi vida. . .

El fotógrafo se movía casi silencioso. Inquirí por las obras. Calles contestó:

—Muchas. Cada una de ellas va dejándome una diferente impresión, según su índole. Así Henri Barbusse. . . Las que no olvido nunca son las de. . . ¿cómo se llama el autor de *Adelante*?

—Smiles, general. . .

—Sí, Smiles. Conozco todos sus libros. Son de los que forman el carácter, de los que influyen en nuestros actos. . .

Calles iba de un lado a otro, siguiendo las indicaciones

del fotógrafo. Lo encontré, en esos instantes, absolutamente tratable. Al posar en su escritorio, extendió el brazo, con el puño cerrado.

El sol le resplandecía en una de las mejillas, en los hombros anchos y levemente caídos.

Así he imaginado siempre a Plutarco Elías Calles: con el rostro un poco tendido hacia el que le interroga, para no perder intención ni matiz.

Este hombre que en 1923 no era muy popular y que se impuso por energía y carácter, es hoy el que México admira como el más tenaz reconstructor.



## ÍNDICE DE NOMBRES

- Alejandro II de Rusia, 83  
 Altamirano, Ignacio M., 27, 38  
 Álvarez, Gral. José, 122  
 Andreiev, Leónidas, 32, 34  
 Araquistain, Luis, 26  
 Arcipreste de Hita, 88  
 Arévalo Martínez, Rafael, 93  
 Atl, Doctor, 23, 62, 63, 81-84, 116  
 Azorín, 37, 68  
 Azuela, Mariano, 85-89
- Balzac, Honoré de, 120  
 Ballescá, Santiago, 39  
 Barbusse, Henri, 122  
 Basave, Agustín, 42  
 Beethoven, Ludwig van, 48, 49  
 Benavente, Jacinto, 12, 13, 16  
 Benelli, Sem, 27, 91  
 Blasco Ibáñez, Vicente, 93  
 Bustillos, 38
- Calles, Plutarco Elías, 110, 111, 112, 121, 123  
 Cangiullo, Francesco, 107  
 Cardoso, Joaquín, 27  
 Carlos IV, 33  
 Carretero, José María, 97  
 Caso, Antonio, 33  
 Cellini, Benvenuto, 22  
 Cervantes Saavedra, Miguel de, 16  
 Cicerón, César, 105, 108  
 Cosío Villegas, Daniel, 70  
 Cruchaga San Martín, 58  
 Cueva, Eusebio de la, 77
- Charlot, Jean, 63  
 Chavarría Dávila, Jesús, 101  
 Chávez, Ezequiel A., 85  
 Chávez García, José Inés, 41  
 Chocano, José Santos, 75
- D Annunzio, Gabriele, 32, 34, 75, 78, 91  
 Dante Alighieri, 48, 91, 120  
 Darío, Rubén, 13, 27, 43  
 Dávalos, Balbino, 29, 37  
 Díaz, Gral. Porfirio, 112
- Díaz Mirón, Salvador, 11-18, 27, 34, 47, 50, 56, 67, 72, 79, 107, 109, 120  
 Dinners, Gastón, 105  
 D'Ors, Eugenio, 37, 74
- Echeverría, Pedro, 107  
 Einstein, Albert, 14, 27  
*El Abate de Mendoza* (J. M. González de Mendoza), 98  
 Elguero, Francisco, 38, 39  
 Elguero, José, 107  
 Espina, Concha, 26  
 Esquilo, 27, 48  
 Estrada, Genaro, 70  
 Estrada Cabrera, Manuel, 20
- Fábregas, Virginia, 102  
 Fernández de Lizardi, José Joaquín (*"El Pensador Mexicano"*), 38  
 Firpo, Luis Ángel, 73  
 Francisco I, 32  
 Frías, José D., 95-98, 109, 113
- Galván, Amado, 63  
 Gallardo, Salvador, 106  
 Gamboa, Federico, 19-23, 37, 38  
 Gandhi, Mohandas K., 48, 63  
 García Cahero, Emilio, 63  
 García Calderón, Ventura, 13, 68, 95, 97, 98  
 García Sanchiz, Federico, 97  
 Gautier, Théophile, 29  
 George, Henry, 17  
 Godoy, Jorge de, 99  
 Gómez Carrillo, Enrique, 97  
 Gómez de la Serna, Ramón, 19  
 Gómez Ugarte, José, 28  
 Goncourt (Hermanos), 21  
 Góngora, Luis de, 92  
 González León, Francisco, 41-45, 86  
 González Martínez, Enrique, 50, 78, 106, 113  
 González Obregón, Luis, 37, 38  
 González Peña, Carlos, 67, 91-93  
 González Rojo, Enrique, 48  
 Gracián, Baltasar, 17, 92  
 Grandmontagne, Francisco, 70  
 Guerrazzi, F. D., 22

## ORTEGA/HOMBRES, MUJERES

Guillén, Palma, 55, 56, 59  
Gutiérrez Nájera, Manuel, 38

Hernández Jáuregui, 113  
Henríquez Ureña, Pedro, 70  
Herrán, Saturnino, 91  
Herriot, Édouard, 110  
Hoyos y Vincent, Antonio de, 97  
Hugo, Víctor, 72, 88  
Huysmans, J. K., 21  
Ibarbourou, Juana de, 74  
Ibsen, Henrik, 52  
Icaza, Francisco A. de, 37, 38, 39

Jacobini, María, 44  
Jiménez, Juan Ramón, 84  
Jiménez Rueda, Julio, 77  
Juliano el Apóstata, 52

Kant, Emmanuel, 48

Lemaître, Jules, 100  
Lerroux, Alejandro, 74  
Liebknecht, Karl, 50  
List Arzubide, Germán, 101, 107  
López, Rafael, 13, 31-35, 38, 89, 106  
López Velarde, Ramón, 44  
Lozano, José María, 34  
Lugones, Leopoldo, 43, 73, 78

Maeztu, Gustavo de, 62  
Maeztu, Ramiro de, 70  
Maples Arce, Manuel, 13, 82, 101, 105-108

Marinetti, F. T., 39  
Mariscal, Juan León, 51  
Martínez Rendón, Miguel D., 121  
Martínez Valadez, Manuel, 99  
Mateos, Juan A., 27  
Médicis (Los), 32  
Medina, Julián, 87  
Mediz Bolio, Antonio, 77-79  
Meller, Raquel, 97  
Mena, Luis Felipe, 106  
Menichelli, Pina, 44, 86  
Miguel Ángel Buonarroti, 32, 117  
Mistral, Gabriela, 12, 13, 16, 47, 55-59, 75  
Montenegro, Roberto, 48, 62  
Monterde García Icazbalceta, Francisco, 48, 77, 89, 99-103  
Montoya, María Teresa, 101  
Moreno Irazábal, Felipe, 113

Nahui Olin, 82  
Napoleón Bonaparte, 12, 14, 17  
Nervo, Amado, 39, 43, 72, 93, 113  
Noriega Hope, Carlos, 37

Núñez y Domínguez, José de J., 26

Orozco Muñoz, Francisco, 48

Pani, Alberto J., 115-120  
Papini, Giovanni, 91, 120  
Parada León, Ricardo, 102  
Pardo Bazán, Condesa Emilia de, 21  
Pérez Taylor, Rafael, 77  
Picasso, Pablo, 39  
Platón, 27, 48  
Plotino, 48  
Prado, Pedro, 56, 58  
Prieto, Guillermo, 27  
Puig Casauranc, José Manuel, 109-113

Quevedo y Villegas, Francisco de, 92  
Quintanilla, Luis, 28, 42  
Quiroga, Camila, 77, 91

Ramírez de Aguilar, Fernando, 109  
Revueltas, Fermín, 63  
Reyes, Alfonso, 37, 51, 65-70  
Reyes Pérez, Roberto, 108  
Reyes Spíndola, Rafael, 39  
Rivera, Diego, 18, 61-63, 113, 122  
Roa Bárcena, José María, 38, 39  
Robledo, Juan de Dios, 121  
Rodó, José Enrique, 93  
Rolland, Romain, 32  
Rossetti, Dante Gabriel, 91  
Ruiz Huidobro, 58

Sáenz, Aarón, 118  
Salado Álvarez, Victoriano, 37-39, 85  
Salgari, Emilio, 107  
San Francisco de Asís, 57  
Sánchez Valenzuela, Elena, 19  
Sierra, Justo, 27  
Singerman, Berta, 61  
Sisniega, Gerardo, 71  
Smiles, Samuel, 122

Tablada, José Juan, 37, 106  
Tagore, Rabindranath, 48  
Teja Zabre, Alfonso, 102  
Terrail, Ponson du, 108  
Tolstoi, León, 27  
Torres Bodet, Jaime, 47  
Trotzky, León, 83

Unamuno, Miguel de, 70, 74  
Urbina, Luis G., 25-30, 38, 72  
Urueta, Jesús, 27

Valencia, Tórtola, 99  
Valle-Arizpe, Artemio de, 70



## ÍNDICE DE NOMBRES

Valle Inclán, Ramón María del, 27, 73

Vargas Vila, 71-76

Vasconcelos, José, 16, 33, 47-53, 57, 61, 62, 70, 95, 96, 109

Vela, Arqueles, 13, 15, 16

Villa, Francisco, 75, 82, 87

Villaseñor, Eduardo, 65

Villaurreutia Xavier, 89

Vinci, Leonardo de, 32, 97, 109

Wilde, Óscar, 91

Zamora, José, 97

Zola, Émile, 21



## ÍNDICE

Preliminar, por <i>José Vasconcelos</i> . . . . .	7
Salvador Díaz Mirón . . . . .	11
Federico Gamboa . . . . .	19
Luis G. Urbina . . . . .	25
Rafael López . . . . .	31
Victoriano Salado Álvarez . . . . .	37
Francisco González León . . . . .	41
José Vasconcelos . . . . .	47
Gabriela Mistral . . . . .	55
Diego Rivera . . . . .	61
Alfonso Reyes . . . . .	65
Vargas Vila . . . . .	71
Antonio Mediz Bolio . . . . .	77
Doctor Atl . . . . .	81
Mariano Azuela . . . . .	85
Carlos González Peña . . . . .	91
José D. Frías . . . . .	95
Francisco Monterde García Icazbalceta . . . . .	99
Manuel Maples Arce . . . . .	105
José Manuel Puig Casauranc . . . . .	109
Alberto J. Pani . . . . .	115
Plutarco Elías Calles . . . . .	121

. 0. 1931











2-68

